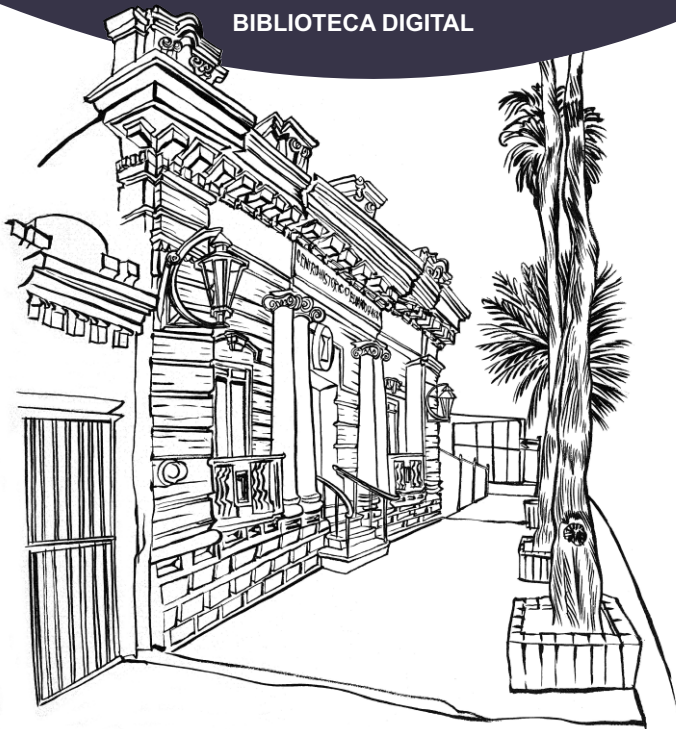




# ARCHIVO MUNICIPAL DE TORREÓN




BIBLIOTECA DIGITAL



C. ACUÑA 140 SUR, TORREÓN, COAHUILA, MÉXICO.  
TEL.: (52) (871) 716-09-13

[www.torreon.gob.mx/archivo](http://www.torreon.gob.mx/archivo)

 Archivo Municipal de Torreón Eduardo Guerra

 @ArchivoTRC

# MAGDALENA MONDRAGÓN

---

de bolsillo



---

Presidencia Municipal de Torreón, Coah.

Patronato del Teatro Isauro Martínez

Universidad de Guadalajara

# MAGDALENA MONDRAGON

---

de bolsillo

Introducción y selección de textos

*Felipe Garrido*

Viñeta de la portada

*Juan Madrid*

Presidencia Municipal de Torreón, Coah.

Patronato del Teatro Isauro Martínez

Universidad de Guadalajara

Primera edición, 1989

© 1989 Universidad de Guadalajara

Escuela Militar del Aire 16, S. Hidalgo, Guadalajara, Jal.

© 1989 Presidencia Municipal de Torreón, Coah.

Matamoros s/n, entre Galeana y Ramón Corona

Impreso y hecho en México

*Magdalena Mondragón nació en Torreón, Coahuila, en 1913; murió en México, en 1989. Escribió poesía, ensayos, crónicas, columnas, reportajes, teatro, novelas y cuentos —que permanecen dispersos en las páginas de El Siglo de Torreón, y de Revista de Revistas, de México—. Obtuvo con sus obras numerosas distinciones, dentro y fuera del país. Fue, ante todo, una periodista combativa, una luchadora social que se mantuvo siempre del lado de los menesterosos y de la justicia. Fue también una viajera incansable, una mujer que sabía gozar la vida, una amiga de prodigiosa generosidad.*

*Magdalena Mondragón estudió en San Antonio, Texas, la primaria y la secundaria; en Torreón, la carrera de Comercio; en la capital del país, la maestría en Letras en la Universidad Nacional Autónoma de México. En Torreón, cuando tenía catorce años, se inició en el periodismo, en El Siglo. Colaboró en la mayor parte de los diarios y revistas de la República. Fue, en 1950, la primera mujer que dirigió un diario en Latinoamérica —Prensa Gráfica—; también dirigió la revista mensual Sólo para Ellas (1952-1958) y, por más de diez años, el Boletín Cultural Mexicano (1946-1958), órgano de difusión cultural de la Revista Antológica América, que se distribuía por el mundo en español, francés e inglés. Dirigió, así mismo, en otra de sus facetas, el Centro Cultural Vito*



*Alessio Robles, donde se impartía enseñanza gratuita a niños pobres.*

*A partir de 1937, cuando publicó Puede que l'otro año, novela de La Laguna premiada por el Ateneo Mexicano de Mujeres, Mondragón mantuvo un sorprendente ritmo de trabajo por más de cuatro décadas, que cristalizó en una veintena de libros que van desde la intensidad trágica de sus novelas—las mejores, posiblemente, Yo, como pobre..., sobre la vida en los tiraderos de basura de la ciudad de México, premiada en Nueva York como el mejor libro del mes, y Más allá existe la tierra— hasta la desenfadada gracia de sus volúmenes de humorismo—Los presidentes dan risa y México, pelado... pero sabroso—. De una a otra parte de su obra, sin embargo, el denominador común es la aspiración a la poesía. Mondragón sabía que la poesía no es un ente concreto, sino un ideal que se persigue siempre, aunque se sepa que no es posible alcanzarlo. Por eso esta antología brevísima recoge, de sus muchas páginas, apenas unas cuantas donde, en verso y en teatro, la escritura está empeñada en descubrir y explotar el filón de la poesía.*

*La primera parte de este volumen está dedicada a una selección de versos de Mondragón, que incluye completo el libro Si mis alas nacieran (1960), obra de la madurez de la autora donde se advierte su tenaz lucha por ceñir la palabra a los movimientos de la pasión. La segunda es La sirena que llevaba el mar (escrita en 1946, estrenada en 1950), una obra de teatro en tres actos que confirma que el interés de la escritora atiende más a la persecución de la poesía que a la intriga del drama.*

*Pretende este librito iniciar al lector en el vasto universo*

*de Magdalena Mondragón. Sabemos que ofrece solamente la oportunidad de apenas asomarse a un territorio extenso. Para conocerlo mejor, habrá que incursionar por las crónicas, las novelas, las demás obras de teatro... tarea que en este momento tendrá que realizarse en bibliotecas, pues los libros de Mondragón están agotados hace tiempo. Entre los beneficios que esta obrita puede propiciar, quizá se encuentre el de despertar el interés de los muchos amigos de Magdalena Mondragón—algunos de ellos editores— en que sus obras vuelvan a ser publicadas y estén así más fácilmente al alcance del lector.*

Felipe Garrido

**Verso**

## No me dejes, Amor

No me dejes, Amor, que estoy viviendo  
esta fluidez de sentimiento puro;  
luz convertida en ligazón perfecta,  
coral de tu sonrisa en la paloma  
de mi palabra esperanzada y cierta;  
calla mi labio enmudecido a todo  
ante el asombro de tenerte cerca.  
Si es cierta la distancia ésta no existe  
en el color que señaló la aurora,  
y así la gracia me besó en silencio,  
tan dulcemente, que ignoré su fuego.  
¿En dónde estás? En todo: en amaranto  
de emoción que conviví en los misterios  
de las estrellas que durmió la noche,  
y el vertical silencio conmovido  
de mi amor hacia ti se hace luciérnaga  
para besar tus ojos y ponerles  
mi corazón, donándote su ritmo.  
Así oirás latir en las miradas  
el amor, este amor, mi amor entero,  
todo mi amor a ti,  
llama anhelada.  
No me dejes, Amor, que estoy soñando  
en una eternidad que sé que existe  
y que nunca encontré, mas que hoy palpita

al tomarme la mano entre las tuyas,  
al contemplar tus ojos, al mirarme  
de tu pensar en mí, que se hace verbo,  
carne hecha luz, que enmudeció mi boca.

¿Es necesaria la palabra a solas?

Te siento que respiras

en la tierra que toco, en lo que miro,

en la rosa de pétalos de párpado,

en la oruga que vuelve mariposa

el polen de tus labios.

No me dejes, Amor, que estoy viviendo

como nunca viví y hay vida tanta,

que quisiera morir por no sufrirla

ni tenerla en ninguna de sus marcas.

¿Olvidarme? ¿Por qué? ¿Cómo podrías

romper el ritmo de tu propia sangre?

¿Olvidarte? ¿Por qué? ¿Cómo sabría

mi corazón de espejo no mirarte?

¿Ignora el agua el beso de la luna,

o el mar bravío el ancla de las playas?

¿El sol no besa al despertar la rosa

y el pájaro no trina en las mañanas?

Tú eres mi sol, mi playa y mi presencia.

Por ti quiero estar cerca de la vida

e ignorante de todas las distancias.

Así aunque muera me verás en todo

y seré gota de agua en tu pupila;

reflejará tu sol mi sangre ardiente

y mi amor será el fuego de tu llama.

No me dejes, Amor, que estoy muriendo

de la urgencia de amar

que es la campana

de oro que grita sin cesar tu nombre

hecho cristal del viento en que reposa

tu corazón de alas.

No me dejes, Amor, que no te dejo,

que no te dejaré mientras yo viva

y dudo que aun la muerte rompa el canto

de mi pasión que tu pasión respira.

Aposentada quedaré en tu alma

que soy parte de ti, rescoldo vivo,

sellada por el fuego de tu sangre.

Para apartar mi amor que tanto te ama,

no bastará borrar hasta mi nombre

ni el ignorar mi rostro ni el olvido

de todo lo que fue nuestra palabra.

Para apartar mi amor que tanto te ama,

tendrías que morir tú y así matarme.

## Amor en varios tiempos

Dulce es amar que el corazón tendido  
tiene en sus alas el plumaje abierto;  
y cielo y corazón abrigan nido  
del soñar en tu ser con ritmo cierto.

Es forzoso llevarte entre mis venas  
como sangre que corre y se detiene;  
siempre pensando en ti conmigo penas  
y encuentras soledad que me sostiene  
del cielo azul en tristes lejanías;  
obtendré de tu nube estrellas mías,  
gotas de luz, diamantes en las aguas...

Y tornaré, llorándote, a ser nube,  
como gota de ensueño que a ti sube  
en escala fugaz que en llama fraguas.

## II

Si mantuviera paz sabría quererte  
sin este ritmo que tu paz fatiga;  
mas robo luz al sol para tenerte  
y olvido oscura sombra que me hostiga.

Hay espinas en todas tus estrellas,  
tienes claro y vibrante el sentimiento;  
mas yo sigo los pasos por tus huellas,

en la niebla de todo lo que siento.

El tiempo quiere desatar el tiempo  
cual Pandora la caja de los males.  
De ellos me viene el mal de padecerte.

Estoy, Amor, amando a desatiempo  
mecida por el mar de mis saudades  
el contrapunto de por fin tenerte.

### III

Silencio del silencio de la muerte  
asido en la pupila de la vida.

Busco tu amor, más nada, por mi suerte,  
llevo en el alma ahora consumida.

Laguna del silencio las palabras  
gráciles cosas que en mi ser despeñas  
como piedras en lago que tu labras  
en olas que se pierden en pequeñas  
ondas que me reflejan todo símbolo  
de vida que gira en el disímbolo  
anhelo del amor que mi alma empece.

Mas un hondo vacío me llena el paso  
como sepulcro vivo que el ocaso  
del rojo corazón en muerte crece.

### Canto de amor y muerte

#### I

Te amo, siento que te amo  
cuando al pensar en ti pienso en la muerte...

en la diaria existencia de estas muertes  
en que el alma y el cuerpo renovados  
se funden en la dicha de tenerte.

Dejaremos la vida que en nosotros  
en cauce corra hasta que el alba llegue;  
y en el ave, en el mar y en toda cosa  
el alma se difunda y en ti quede,  
esencia en muerte que la vida acosa;  
llama en lo eterno que no desaparece,  
canto en la aurora que en la noche duerme.

Te amo, siento que te amo  
cuando, al pensar en ti pienso en la muerte.

Y siento como nunca que es mentira  
que la muerte no existe y que perdura  
esta vida que en vida a ti se prende.

Esta vida que es pura y tan gloriosa  
que cada gota de mi sangre canta  
y cada poro de mi cuerpo enciende.

Y duermo, que no muerdo, que en ti vivo,  
y sólo muerdo en mi cansancio leve;  
y renazco después para quererte,



llama en la llama que calcina el día,  
corazón hecho sol, naranja dulce,  
zumo vital que entre tus labios quede,  
oro lícuo, que todo lo conmueve.  
Tiembla tu labio así, pájaro herido,  
en la sangre del beso desgarrado  
y sabes como nunca que te amo.  
Tu corazón, mi corazón, alas tendidas,  
pétalos suaves, nubes, hojas de árbol...  
Dime en voz baja que por mí te has muerto  
para vivir en la total entrega  
de tu alma y mi alma confundidas  
en la esencia vital que me estremece;  
que en cada gota de sangre canta  
y cada poro de mi cuerpo enciende.  
Te amo,  
siento que te amo  
cuando al pensar en ti pienso en la muerte.

## II

Amo la vida voluptuosamente  
y paladeo mi muerte anticipada  
con toda la sapiencia misteriosa  
que un niño tiene al devorar un dulce;  
mi vida está en la comba de mi lengua,  
como un dulce aquí está, mas derritiéndose  
con el gusto de todos mis sentidos.  
Me penetra su ardor hasta la sangre  
y potros desbocados me atraviesan

cabalgando sin límite ni espacio.  
Me pierdo entre las ramas de los árboles  
que son todas mis venas extendidas,  
los nervios con que grita en mí la tierra  
conmoviendo la entraña, al desnudarla.  
Desnuda estoy así, a toda muerte,  
con mi muerte desnuda y descarnada,  
hecha de azúcar mi osamenta frágil  
derretida en el vino de mi sangre.  
¡Qué borrachera ya, siento al gustarla!  
Qué borrachera que me causa risa,  
risa que me disuelve hasta los dientes  
fundidos por el fuego de mis lágrimas.  
Llanto por dentro, así, trágico y mudo,  
que nadie ve, pero que cubre todo:  
mi lágrima calando hasta los huesos,  
la pena y sus palabras sin sentido.  
Llanto en el que mi barro se moldea  
para adquirir tu forma, oh, vida clara.  
Y aquí está, viene ya, desnuda y frágil,  
con su muerte triunfal desesperada,  
pero naciendo en mí todos los días.

## III

Que me bajen la luna para incendiarla,  
quiero hacer de ella sol de mis noches.  
Las estrellas dispersas voy a beberme  
para que luces tengan ya mis entrañas.  
Luminosa quisiera volverme ahora:

¡que me bajen la luna, para quemarla!  
Dicen que las estrellas nunca se alcanzan,  
pero son como peces dentro del agua.  
Han temblado en mis manos que las tomaron  
y sus cenizas todas de viento y alas  
se deshojan cual flores rojas y lacias.  
Que me bajen la muerte bajo tus párpados,  
luna entera de noche desnarigada.  
¿Cuántas lunas quisieras para morirte,  
tú que en sus luces tibias te me desangras  
como un niño tendido con varios cirios  
en cascadas de flores, cohetes y gala?  
La noche está vestida para morirnos,  
rayos equis de luna traspasan tu alma  
y en papeles de china tornan los dedos:  
pulquería de la noche, siempre adornada.  
¡Que me bajen la luna, para incendiarla!  
Pirotecnia en colores habrá en el cielo.  
Que me baile la muerte sobre los hombros  
mientras tocan las risas de mis charangas.  
¿Bajarásme la luna para incendiarla?  
Sol será de la noche mi cuerpo todo  
consumido en el fuego de tanto amarla.  
Por su color de muerte que todos vemos,  
que me bajen la luna, ¡para quemarla!

## Hemos de morir...

Hemos de morir juntos sin morirnos  
en el multicolor silencio de tu carne  
en que el recuerdo a llanto desprendido  
dejó mutilada mi alegría  
en sonrisas nostálgicas.  
Mi compasión a todos los que amaron  
es trágica esta noche;  
y siento que es oscura cada hora  
sin un amanecer de maravilla.  
La risa abierta y la canción sin lágrimas,  
abren un surco al dolor de no tenerte;  
y las voces ajenas, tan lejanas,  
son oídas por mí en el subterráneo  
en que la tierra de todos estos mundos  
me da una anticipada sepultura.  
En esta hora trágica comprendo  
a las mujeres que en cada puerto esperan  
que las llamen al fin, ay, por su nombre,  
el verdadero, que es nueva piel dolidá  
en la perpetua soledad callada  
de la ausencia, llorar sin que tú veas  
el esqueleto a secas con su carne.  
En esta hora fría yo comprendo  
a las mujeres que vagan por las calles  
con distintos anhelos escondidos;

a las que esperan, detrás de las ventanas,  
el amor que llega o el amor que huye.  
Comprendo a las mujeres,  
aquellas que con niños en los brazos  
saben así del mundo entre sus manos;  
a las madres ancianas y a las jóvenes,  
a la mujer en fin, sin esperanza,  
que ha destemplado su dolor en risas  
y en mentiras sus labios por la ausencia  
de una verdad que le negó la vida.  
Tal vez, tal vez, ¿quién sabe?  
Los hombres también sufran estas horas  
en que sin vino y sin amor comprado,  
a carne limpia y con dolor de espíritu,  
uno contempla todo, tan pronto,  
que es necesario hundir hasta el cogote  
los ojos espantados.

## Nueve gritos y un alarido

Retorna olvido, este pesar callado  
quiero vivir en la alegría constante  
que por amarte, amor te sé llamado  
a encender en mi espíritu anhelante  
    llama que todo quema con su fuego.  
Retorna olvido, que mi amor te cante,  
que olvidarte yo a ti, mísera ruego,  
aunque morir de amor quisiera anhelante.

    Pregunta mi alma por demás pequeña  
criatura que se acuna entre tus brazos  
si fue tu amor lo que mi sueño quiso;  
    si es mi vida amorosa dulce leña  
que consumo afianzándome en tus lazos  
en rescoldo de roto paraíso.

## II

Soledad majestuosa en desvarío,  
tiembla en las horas tu presencia ignota:  
en el alma, cristal límpido y frío,  
la imagen del amor se mira rota.

    Enraizada mi luz a tu presencia  
me robo al tiempo y con mi voz porfiada,  
ato amargura en tu implacable ausencia

que a cenizas reduzco en desafiada  
contienda en que amor por ti se crece  
y es un abrazo que mi llanto mece  
como a niño en los brazos de su madre;  
que es tu pecho viril ansiado cauce  
donde lágrima viva sueño encauce  
para incrustar el sol que a tu alma encuadre.

### III

Cerúleas vides del amor ardiente,  
blancas palomas del amor callado  
surcan el alma que tu espacio siente  
hecho infinito en ilusión guardado.

Sonrisa del ayer, nostalgia dura  
en vertical silencio convertida.  
Semilla germinal de tierra impura  
que es una rosa en mi pasión nacida.

Clara se quiebra en la emoción la idea  
y mudo queda el labio sin que sea  
la voz sonido ni el silencio un hecho.

Mis recuerdos son lenguas redivivas  
y tus manos la tierra con que avivas  
clavel del corazón dentro del pecho.

### IV

Murmuran que pecar es la sonrisa  
de tenerte sin leyes ni materia;

porque el tiempo sin ti no tiene prisa,  
carrousel detenido en plena feria.

Tú sabes del amor que se desliza,  
serpiente tentadora que pasea  
tu corazón enhiesto en clara liza:

para quererme, tu amor tiempo desea;  
para quererte yo no necesito  
hora ni día ni noche ni musito  
pena de amor, que por amor tenerte,  
siento pasar la vida en mariposa  
y transformo cada hora en nueva rosa  
aunque espinas me impidan poseerte.

### V

Muy suave el gesto y en el labio altivo  
cierta virtud que la palabra apresa.  
Tal vez yo te amo porque en ti convivo  
todo lo que he admirado y me embelesa.

Tienes un modo de decir las cosas  
que puedo adivinarte el pensamiento;  
y tu mirada afirma rumorosas  
burlas burlando, que reír consiento

aunque el humor no aguante tafetanes;  
porque me aquietas aunque no te afañes,  
sigo pensando en ti y en lo perfecto,

vuelves mi tempestad arroyo claro,  
y eres un sol que en luminoso aro  
hace vibrar mi corazón afecto.

## VI

Ignoramos la noche del pasado  
y el futuro reír que así convierte  
mi corazón en siervo bien amado,  
que hasta en tu ausencia calidad advierte.

Como fuente que vuelve rumorosa  
el agua que aprisiona la mañana:  
espejo en que contéplase la rosa  
de tu amor que en mi amor el tiempo engaña.

Y si deseara al fin beber despacio  
el cielo abierto en su grandioso espacio  
de amarte por amor que fuente alcanza,  
el fuego de tu luz lleno de vida,  
transmutará en rocío la muy sentida  
hondura de mi amor sin esperanza.

## VII

Luna me llega en luces de tu rostro,  
nube que se hace lluvia en mis lagunas.  
Rayo de azul en que el infierno arrostro  
por oasis buscados en tus dunas.

Quiero vivir en paz con tus distancias  
y respirar las noches de tus días;  
paz infinita que en mi ser tú escancias  
con las eternidades que porfías.

Y sabes del cansancio que en mí crece  
en descanso perfecto que me empece

recuerdo diario que en mí ser consiento.

Quiero medir la estrella en tus pupilas  
y anhelo así beber lo que destilas:  
uvas de amor para mí ser hambriento.

## VIII

Cada rosa en espina se transforma.  
Así tu luz retóme en las pupilas  
encegueciendo de mis días la forma  
y haciendo de las vides que destilas  
cicuta amarga que marcó mi boca  
en agonías que no llegan a muerte;  
sabes que de verdad tengo muy poca  
paciencia porque mi alma en ti se vierte  
y deja toda la ansiedad incauta:  
mariposa clavada en loca pauta  
de tu ausencia llorar sin que tú veas  
más que una risa serpentear a solas,  
jugando con mis lágrimas como olas  
en las playas de todas tus mareas.

## IX

Abriéndose las palmas de mis manos  
las contemplo vacías, aunque están llenas  
de ansias de dar; y todos los arcanos  
de tu voz en mi espíritu disuenas.

Cristales que rompiste y que ahora vuelven

sus aristas de luz que te reflejan  
y que en nimbos de amor tu rostro envuelven  
a pesar de los tiempos que te alejan.

Destrozo el corazón por olvidarte,  
todo el amor que pude y quise darte  
se me convierte en llama perturbada.

Cenizas quedarán del sentimiento  
y hielo volverá lo que yo siento  
esta muerte que llevo aproximada.

#### ALARIDO

Esclavo el viento que dobló la savia  
de los frutos maduros de tu nombre  
que sabe a tierra en clima de nostalgia  
y a flamíferas luces tu palabra.  
Contemplo nubes que recortan cielos  
marcando en cada nota los espacios  
que deben ser los huesos de mis muertos  
danzando danzas que en mi ser lloraban  
ritmos de azúcar en azogue viejo.  
Esclavo el pensamiento que contóme  
los minutos, midiéndolos exactos.  
Avaro el tiempo que sin fin me tienta  
¡como un tesoro que se gasta a diario!  
La tierra me atraviesa los contornos  
y como ella tengo áridas espinas  
y lodo puro y tierra que florece  
cuando me vibra primavera en rosas  
y cuando el sol mis ansiedades quema  
produciendo reflejos en mis aguas

y humedad en mis labios y pupilas;  
porque se baña en mí la claridad de luna  
de la gracia en tu nombre florecida.  
Qué fragante es el loto sobre el cieno  
y qué dulces los ritmos del sentido;  
de todos y cada uno en los incienso  
de tus manos, que adórnense en las cosas  
y tus labios gustando las manzanas  
de palabras redondas cual las manos  
de mujeres hermosas o de hombres  
que sostienen el mundo y sus cuidados  
como vides ardientes que rezuman  
vino hecho ardiente de amorosa savia.  
Qué hermosos los sentidos de las cosas,  
y de las cosas, ¡todos los sentidos!  
Déjame retenerte como el agua  
que se va, pero afirma los frescores  
del campo que se anida entre los dedos  
bordando la canción de locos pájaros.  
No me preguntes nada del mañana.  
¿Qué sé yo si he vivido cada hora  
como mi amor la tiene presentida?  
Cada calle es minuto de esperanza,  
cada hombre atraviesa los destinos  
y en las miradas prenden mis pupilas  
anhelos que perduran aunque pase  
presurosa, mirando las distancias.  
No creas mi indiferencia hecha de uñas;  
garras tendidas a la vida inerme  
para darle zarpazos de codicia.  
Desconfía de mi labio aprisionado,



de mi risa burlona y de mi quieta  
reserva que no dice lo que siente.  
Es mi temor de rebasar las horas;  
de hundirme en tempestadas y en los vientos  
del huracán que llevo encadenado.  
No soy de nadie ni quiero poseerte.  
Amo mi libertad y mi desnuda  
y solitaria trabazón de sueños.  
No me pesan las horas ni la vida.  
No puedo darme a nadie porque nada  
es extraño a mi ser apasionado.  
Todo es mío, y puedo deshacerme  
de las cosas, como la mar tremante  
deja en las playas las perlas de la espuma  
que retorna a las aguas, recogidas,  
y se eleva en la cresta de sus olas.  
Esclavo el tiempo que doblóse en curva  
redondez de la tierra hecha semilla  
que abrigará mi espíritu desierto  
como un cactus bordando el infinito  
mar quieto de la arena desolada;  
de esta mi tierra en que el fragante barro  
hace moldeable hasta la propia vida.  
Esclavo el tiempo porque en mí lo tengo  
eterno, en el deseo que lo perdura;  
yo he de matarlo, y a que no me mate  
apuesto toda la existencia amada.  
Porque espíritu y carne se han mezclado  
como la brasa ardiente que mantiene  
el fuego eterno, para el alma mía.

### **A mi madre muerta, en el cumpleaños de su regreso a la tierra**

¡Te has quedado sola!  
Tú que tanto la temías,  
ahora la miras cara a cara.  
¿Cómo es su rostro frío?  
¡Te has quedado quieta envuelta por el polvo!  
Tú que la odiabas tanto, te ahoga su perfume;  
se mete entre los poros de tu piel, en abrazo  
indisoluble y turbio, como quieto sudario.  
¿En dónde la palabra quedó que no responde?  
Tú que me amaste siempre con un amor de alifio,  
mis cabellos ponías como anillo en tus dedos  
y ahora sólo tienes la yerta mano fría.  
Te has quedado tan sola, tú, que tanto la odiabas,  
que en todas las personas buscabas compañía  
y eras un ser tan joven que a la vida anhelabas  
descubrir sus secretos, con ansiada porfía.  
El tránsito ignoraste, tú que en la misma hora  
de clausurar tus párpados para la luz del día,  
aún hubieras luchado aciaga y duramente,  
porque odiabas la muerte, pero amabas la vida.  
La noche se prendió en tu mano aquietada;  
en tu labio se hundió la última sonrisa.  
Ignoraste la angustia, después, de que, angustiada,  
pasar querías la muerte como las aves Fénix:  
resurgiendo del polvo de tu propia ceniza.

## II

Los muertos nos acompañan siempre.  
Escuchamos sus pasos perdidos en los nuestros  
y en el reír de la boca, como un eco,  
están sus propias risas.  
Y este lunar que me enojaba el cuello  
como obsidiana oscura cual pupila  
vigilante de mis perdidas alas,  
¿no es el mismo que brillaba  
en la espalda de mi padre?  
Carezco de la gracia que cabrilleaba luces  
en los labios sonrientes de mi madre;  
pero debe haber alguna gracia oculta en mi palabra  
que se nutre en el polen  
y se riza en mis lágrimas.  
Los muertos siempre certifican  
su presencia olvidada.  
Es algo inesperado,  
como un zarpazo súbito  
o una simple sonrisa  
que empalidece rápida  
al cruzar una esquina  
y nos huele a perfume vagamente perdido  
que despliega su vaho  
amarillento en rosas  
como aquellas, amadas, que olvidamos en libros  
y señalaron páginas de un momento querido.  
Los muertos se quedan siempre  
en sus lechos tendidos...  
Pero se acuestan en la cama

y respiran los aires  
que en nuestro ser vivimos;  
respiran anhelantes en todos los sentidos  
y se aferran al alma  
que vaga con la pena de haberlos conocido.  
Nos visitan en sueños y casi siempre dicen que atesoran la  
vida  
y nos sueltan palabras  
que un día les oímos.  
Los muertos se quedan siempre  
en sus lechos tendidos;  
pero están con nosotros  
al habernos dormido;  
y entonces parecemos otro muerto como ellos,  
como todos los muertos que sueñan con la vida  
que sin morir tenemos;  
y entonces, sólo entonces,  
al despertar,  
sentimos en las horas que no tocan a muertos  
que la vida se aferra  
y que todos los niños  
son la raíz de un muerto;  
y que toda canción es su ígneo alarido;  
es su esperanza viva,  
porque para la vida  
la muerte no ha nacido.

## Así te quiero

Todavía queda una esperanza  
para vivirla en la rosa de tus párpados.  
Besar tus pensamientos, mis anhelos,  
claros como la luz de las mañanas.  
Tu corazón, gracia canora,  
luciérnaga en la noche,  
estrella luminosa,  
desierto de mi vida,  
corazón sin olvido,  
dedo sin mi destino  
señalando mi hora.  
Así te quiero, con ausencia,  
con laguna espejismo,  
con espinas sonoras,  
alas de mis tormentas,  
corazón de mis noches,  
sábado en mis domingos.

## Canciones del espíritu

### I

La mirada, cuánto alcanza,  
pero no más que el corazón  
a pesar de la envoltura de mi cuerpo.  
Qué cosa de maravilla:  
¡sentir tanto y estar quieta!

### II

Qué raíz de tu palabra  
que penetró tan hondo  
que para arrancarla  
sería necesario  
destrozar mi cuerpo.

### III

Te amo tanto  
que ignoro por qué  
te recuerdo cada día;  
pues eres en mi ser  
como mi propio corazón ardiente;

sin embargo él vive tanto en mí,  
que no lo siento.

Cuando lo extrañe  
será porque mis ojos  
están cerrados  
en mi carne muerta.

Te amo, tanto,  
que ignoro por qué  
te recuerdo cada día.

#### IV

Le sonrío, le sonrío,  
y él me contempla, triste.  
Los dos quedamos rendidos:  
él con su tristeza,  
yo con mi ternura  
de cosas mal bien dichas  
que no se dijeron nunca.

#### V

Veo a las rosas ascender sobre la tierra  
como a mi espíritu de mi cuerpo,  
y casi se hacen uno:  
la tierra y las rosas,  
mi cuerpo y mi espíritu;  
y todo es polvo fino  
que llevará el viento

en viaje por el mundo  
hasta llegar al cielo;  
y así, besando la tierra humilde,  
me elevo infinitamente dentro de mí.

#### VI

Clara, como la aurora,  
la idea se hace oscura como la noche  
cuando sale a la vida.  
¿Por qué pareció maravillosa  
cuando estaba en silencio?

#### VII

Toda la vida es una  
pasión gloriosa:  
ansia fugaz  
que respiramos  
en el amor que vivimos;  
pero sólo en la serenidad  
somos nosotros.

#### VIII

Qué bello es todo  
y qué clara es la luz  
de la esperanza;

siento que cada gota de tu sangre  
es como un fuerte perfume  
que llena el aire con tu cuerpo;  
y que todo tú  
eres como vino rojo  
para que lo tome yo  
y sienta que el mundo  
me da vueltas  
y que la tierra dura  
no existe bajo mis pies.

X

Quedaste tú en mis pupilas  
como el rocío en las hojas.

¿Pero es posible ?

¿Pero es posible que el amor sea esto  
que hace que seamos transparentes  
y nos vuelve maduros  
con la clarividencia profunda de los ciegos  
que borra en nuestra voz escepticismo  
haciéndonos mirarlo todo nuevo  
al voltearlo al revés?

Todo nuevo miramos, todo nuevo:  
desde el mundo pequeño hasta la risa  
que hace ondas de luz en las inquietas  
bocas sin voz, sin nuestra voz y extrañas,  
tan extrañas que no nos pertenecen  
y no obstante sentimos en nosotros  
como amistosas almas blancas,  
dulces, amadas, familiares.

Toda inquietud, toda quietud  
nos vuelve redonda el alma como un arco  
en las manos de niños inocentes.

¿Es posible que amor  
sea esta cosa divina  
que hace que creamos en todo  
aunque nos digan que lo blanco es negro?  
Bien, así debe ser, pues que lo siento;  
¿y para qué acordarse del llanto  
que vendrá después?



## II

El alma está llena de canciones  
como los bosques de pájaros.  
¿Será por todas las palabras que me has dicho?  
Se confunde tu ser en la distancia  
y en ella y tras ella no distingo  
que puede más en mí: tu palabra o tus ojos,  
tu alma o tu corazón.  
Cielo y tierra se mezclan con la lluvia  
como tu cuerpo y espíritu en el recuerdo.  
Cómo me extraña que las gentes  
no sonrían aspirando el perfume de tu voz.  
Lluvia es que hace que todo  
huela a tierra mojada.  
En los ríos de mi dicha  
juegas tú como un chico  
con todas las cosas de este mundo.  
¿Verdad que son barcos de papel?

## Estaciones de amor para mi ciudad

### PRIMERA ESTACIÓN

Torreón:  
vienes a mí  
como un niño de barro  
que ha inventado la vida en joven aire  
que me ofrece los limos de tus campos  
en dulce corazón de blancas nieves  
pues cada copo de algodón la luna  
me mide el tiempo con estrella clara:  
cirios para velar mi vieja muerte,  
cual luciérnagas bellas de mi vida.  
¿Adónde las tristezas me llevaron?  
El fuego de los leños de tus árboles  
quema incienso de copal y cactus  
y tus ilimitados horizontes  
—medidas verticales de tus hombres—  
alegre hacen el sol del mediodía.  
Si la música extraña yo aprendiera  
del viento que se vuelve tempestades,  
la sinfonía de tu recuerdo vivo  
me enraizaría los ojos con el llanto  
hecho laguna, o del Nazas brazo  
en sutil espejismo convertido.  
¿Quién oye de tu lucha los tambores?

¿Y quién en la siembra su coraje arroja  
en apuesta de vida y a que el tiempo  
le robe al tiempo su perpetua sombra?  
Te has jugado a vivir ya la camisa  
y eres feliz, oh pueblo sin historia:  
sin más historia que el trabajo diario  
que has mantenido con grandeza heroica.

Torreón:

como un niño de barro a mí llegaste.  
Ha quedado la lumbre de tus soles  
en inocente llama de ternura  
que es tan sólo mi lámpara votiva.  
Del norte soy, y la franqueza abierta  
es un ópimo fruto;  
la vid del corazón que en rojo vino  
transforma la tristeza de las cosas  
en sal y pan que sobre mesa queden  
para que un caminante las recoja;  
o que las lleve el viento  
como al polen  
la grácil mariposa  
sin pedir el permiso de las flores.  
Las huellas de mis pasos se han perdido  
y arenas de los vientos sombras tienden  
hacia todos los puntos cardinales.  
Yo cumpliré mi universal destino  
para volver a ti como una niña  
que ha olvidado los cienos de la tierra  
al lavarlos el agua de tu río.

SEGUNDA ESTACIÓN

Girasol del ensueño, rehilete  
que ha cortado los vientos del olvido;  
olas para bordar todas las playas  
con el pañuelo de tu amor perenne.  
Ecos de mi silencio en que las aguas  
han dejado el perfume del incienso  
hecho copal que engrandeció el recuerdo  
y afirma el arco-iris de tu vida.  
Los huesos de mis muertos me acompañan  
al pisar los umbrales de las cosas;  
el agua de mi cuerpo se mantiene  
oasis del desierto que acumula  
hundida soledad, arena triste,  
mar de nostalgia que enjoyó la aurora.  
Pájaro del silencio conmovido,  
jaula de luz y anémona que añoro;  
marca el minuto con la fuerza viva  
del rubí de mi sangre coagulada  
por el frío de tu ausencia que es mi muerte  
y por llama fugaz que es propia vida.  
¡Qué batalla linchando la existencia!  
Hoy llegaste a mi vida, mariposa  
de alas abiertas como dos corales  
extendidos en gracia de mi sueño.  
Arrecife del viento, clara ubre  
que amamanta mi cuerpo desnutrido.  
Hoy llegaste a mi vida, mariposa  
de alas abiertas como dos corales  
extendidos en gracia de mi sueño.

Arrecife del viento, clara ubre  
que amamanta mi cuerpo destruido  
con el viejo vigor de mi terruño.  
En ti la eternidad se ha detenido,  
y en mí, perecedera sinfonía,  
la nota se mantiene en el sonido  
de tus ecos nostálgicos de azúcar  
para mis dedos viejos que se afirman  
en tu barro vibrante de inquietudes.  
Quiero vivir el alma hecha de llanto  
en campánula al viento que detiene  
el eco de mi queja en canto puro;  
y anhelo poseer eco invertido  
para escuchar silencio asonantado  
en escala fugaz, luna en arpeggio,  
de estrella detenida en plenilunio.  
Yo quisiera encontrarte en el sonido  
de la nota escapada a la tristeza  
persistente en las gotas de la fuente:  
llanto divino de la noche a solas,  
nuevo desierto para hallar tu fuego...  
La poesía dará ígneos fulgores,  
y yo sabré valorizar las cosas  
como la abeja al escoger el polen  
toma la miel que labrará la estatua  
en los cirios quemantes del sentido.

## Canto a la vida hermosa

Muerte, cómplice, enemiga  
ay, de todo lo que yo soy.  
En perfección yo me voy  
consumiendo en la fatiga;  
que imperfección es tortura  
de todo mísero entuerto  
y tal vez cuando haya muerto  
vuelva a ser presencia pura,  
mas hoy, todo lo contrario  
prevalece en mi conciencia:  
mi cuerpo quiere la ciencia  
de saber vivir a diario.  
Oh vida, presencia amada  
que bailaste sobre el polvo  
con impiedad que es un torvo  
deseo sensual de gustada  
muerte que llevo escondida:  
mientras mi carne condenas  
a la vida me encadenas  
con más pasión encendida.  
Dicen que a la nada vuelve  
el cuerpo que me amortaja:  
el alma a la nada ataja  
de la muerte que me envuelve;  
pero yo sé que es mentira,

todo a la vida me prende  
y es la raíz con que asciende  
al cielo porque suspira  
el creyente en la oración,  
¡yo he dejado el corazón  
en todo lo que mira!

Así, no creo en la nada  
que si la existencia triste  
fuera lo que nunca existe,  
mi lama será condenada;  
pero el polvo de mi carne  
florecerá en cada rosa  
y crecerá en cada cosa  
aunque muerte desencarne  
esta envoltura amorosa.  
Si mañana en sepultura  
nos abandona la vida,  
¿por qué pensar en sentida  
muerte que todo tritura?  
Un gusano es mariposa  
que lleva mi sangre presa  
y si comiéndome besa  
el corazón hecho rosa,  
ya no es gusano ni polvo,  
es la estrella que conmigo  
ha sido de amor testigo  
de milagro soberano:  
que polvo en la muerte es vida  
y que la muerte no existe:  
el universo subsiste  
en toda llama extinguida.

## Vengo a pedirte

Vengo a pedirte sin cesar que me ames,  
que perdones mis ímpetus tan necios.  
Tú que tienes la paz no la reclames,  
déjame las tormentas hechas besos.

Enséñame a sufrir bien en silencio  
y ocultarte la voz que desagrada;  
que viva este mi amor siempre poseso  
en la seguridad de ser tu amada.

Espejo soy que refleja tu imagen,  
anhelo en la pureza de mis aguas  
tranquilas para ti, aunque profundas;  
quiero que tus estrellas más distantes  
sean en mis lagos la visión bien clara  
del amor con que siempre me circundas.

## Mi infierno

Se encienden las calles a mi paso,  
mi corazón desnudo es pisoteado  
y mi sangre retumba en cada piedra,  
río turbulento de callada angustia  
en que nadie presiente que me ahogo.  
Mi fuego quema ahora el aire puro  
y prende las estrellas de la noche.  
Fuego vital que lo consume todo  
agiganta las llamas de mi cuerpo,  
y las cenizas rojas de mis ansias,  
caen en la noche como lluvia: quedo.  
Se encienden las calles a mi paso  
y en esta multitud desaparezco.  
Quiero mezclarme al corazón de todos,  
en vida y muerte confundirme en ellos.  
Yo que en llamas viví quiero morirme  
ardiendo en llamarada a cuatro vientos.  
Pertener a tierra sin fronteras,  
con el sentido universal intenso.  
Se encienden las calles a mi paso  
y extíngome viviendo en este fuego.  
Los ríos turbulentos de mi angustia  
con lava magnifican mi universo:  
¡y revivo en el cielo de mi infierno!

## Ahora

¡Ahora! ¡Ahora! Es preciso,  
debes sentir la urgencia a quemarropa.  
No dejes a mis brazos en la espera;  
no puede ser que tengas tanto miedo.  
¡Si supieras que sólo es un momento...!  
Y bien, ya que vacilas,  
¡ojalá se te rompan tus manos  
y en los dedos te nazcan las espinas  
de los deseos frustrados!  
Y ¡ojalá, ojalá que me claves esta espina  
en la lengua hecha flor para decirte  
que ya no soy, ya no soy más que una rosa  
flotando en la corriente de tu sangre!



## Mar

Mar, dame toda tu gracia,  
tu gracia profunda en voces,  
tu espuma, penacho al viento;  
tu brisa dame, que anhelo  
ungir con tu sal mi cuerpo.  
Dame tu azul y tu verde,  
tus rosas locas de viento,  
hechas estrella en tus olas  
perladas de firmamento.  
¡Cómo se quiebra en pedazos  
el sol en ti, mar eterno!  
La arena del tiempo inmóvil  
es arco-iris de ensueño.  
Oro regado en las playas  
recogen mis pies inquietos;  
tu voz, mi voz y las voces  
de todos los mares gimen  
en mi corazón, ardiendo.  
¡Qué claras fueron las horas,  
qué claro fue el firmamento,  
qué rojo fue el mar entero  
desangrandoseme dentro!  
¡Qué caracol fue mi cuerpo  
donde las voces del mar  
pudiste escuchar sonriendo!

## La sal del mar...

La sal del mar en tu cuerpo  
y en tu cuerpo todo el mar.  
Las olas de mis ensueños  
en tí rompen su cantar.  
Qué pena de tu recuerdo  
que no se hace realidad;  
estás cerca de mi vida  
como en lontananza el mar:  
pegado a todos los cielos,  
aunque éstos lejos están.  
Toda la sal de mi llanto  
blanca vela volará  
como gaviota en el viento  
que no sabe descansar.  
Luna de todos los mares  
que hace de tus ojos mar.  
Verde color que yo quiero  
porque en tus ojos está;  
transfórmame en flor de ensueño  
para que él me quiera amar.  
Verde, en el mar de tus ojos  
y en tus ojos todo el mar:  
quiero coger las estrellas  
milagrosas que se van  
en olas de tus palabras

y en tu sonrisa fugaz.  
Quiero el verde de tus ojos,  
de tus ojos quiero el mar.

## Teatro

**La sirena que llevaba el mar**

Obra en tres actos

## Personajes

NEREIDA, mujer joven. Viste modestamente, al estilo de las esposas de los pescadores jarochos; lleva el pelo suelto y rizado y un delantal de colores vivos; aparece con adornos en el cuello. Estos adornos deben ser de concha o de coral.

JOSÉ, el marido de Nereida, hombre joven, viste como pescador.

ANTONIO, viejo pescador con la cabeza blanca y que aparece en el reparto una vez con su nombre y otras con el de “pescador quinto”. Cuatro pescadores de diferentes edades. Uno joven, que sepa tocar la guitarra.

PEDRO, hombre joven.

PITACIO, hombre joven.

BRUJA

Comparsas y músicos. (La comparsa y los músicos quedan a discreción del director de escena.)

(El “Son de la culebra”, que se hace figurar en la obra, puede obtenerse en disco.)

(Los efectos de cantos de sirenas también pueden obtenerse de esta manera o con la colaboración de alumnas de la escuela de canto.)

## Acto primero

*Modesta casa de pescadores, junto al mar. Al frente una puerta y una ventana, a la derecha una puerta. Desde la ventana y desde la puerta se divisa el mar. Éste debe dibujarse en un telón de fondo, con barcas, etc. Dentro de la pieza, muebles comunes y corrientes: sillas de madera, una mesa de madera sin mantel, implementos de pesca, etc.*

*(Al levantarse el telón aparece Nereida, sentada, componiendo las redes. Luego se oye el ruido de los hombres que llegan: son cinco pescadores que entran cantando. Algunos de ellos llevan caracoles marinos que ponen delante de la boca, a manera de cuernos de caza, mientras cantan.)*

PESCADORES. A la víbora, víbora de la mar, de la mar, por aquí pueden pasar. A la víbora, víbora de la mar...

*(Dos de los pescadores se adelantan y forman un arco para que pasen los que vienen detrás. Entran primero dos que llevan caracoles y en seguida, como en sorpresa, aparece el último, dejando caer a los pies de Nereida una serpiente marina. Nereida da un salto. La serpiente marina puede hacerse de trapo, con aletas de celofán.)*

NEREIDA. ¡Uy!, ¿qué es esto?

*(Los pescadores ríen a carcajadas.)*

PESCADOR PRIMERO. La hemos pescado para ti.

PESCADOR SEGUNDO. Es un regalo del mar. Escucha su canto.

*(Le acerca el caracol al oído y le dice:)* ¿Qué es lo que canta?

NEREIDA. ¡Ay, que todas las olas del mar se revientan en mi oído!

PESCADOR PRIMERO. También los caracoles son para ti.

PESCADOR TERCERO. Dicen que la serpiente marina trae buena suerte.

PESCADOR CUARTO. ¿Dónde la ponemos? Mírala, mírala de cerca, ¡es muy hermosa!

*(Nereida se acerca con cuidado.)*

PESCADOR PRIMERO. ¡Miedosilla! ¡Si está bien muerta!

PESCADOR SEGUNDO. ¡Mira qué lindas aletas tiene!

*(El pescador coge la serpiente entre las manos. Nereida instintivamente da un paso hacia atrás. El pescador toma la serpiente por las aletas y las extiende ante los ojos de Nereida.)*

PESCADOR PRIMERO *(mirando a través de las aletas)*. Mira, tonta, que la serpiente está muerta.

*(El pescador acerca las aletas a los ojos de Nereida y la obliga a tomarlas en sus manos.)*

NEREIDA *(mirando)*. ¡Si, es verdad! Tiene aletas de seda

transparente. Todo el mar se ve a través de ellas como si estuviera envuelto en neblinas de concha nácar.

PESCADOR SEGUNDO. ¿Verdad que es hermosa? Te la vamos a disecar.

NEREIDA. Sí, y la pondré en medio de los caracoles, allí en la pared... ¿Cómo la pescaron?

PESCADOR PRIMERO. Tú sabes que durante las noches de luna los peces juegan a las escondidas con las redes. Ayer, la noche estaba muy bella. ¡Si tú hubieras podido ver las fosforescencias! Era como si todas las luciérnagas de la tierra hubieran flotado sobre el mar.

PESCADOR SEGUNDO. Las fosforescencias les hacían competencia a las estrellas.

NEREIDA *(impaciente)*. Sí, pero ¿cómo la pescaron?

PESCADOR TERCERO. Íbamos en el bote *San José*. Arrojamus los chinchorros al mar, fijamos las boyas; todo como de costumbre... El día de ayer, ya amanecido, esperábamos encontrar los chinchorros repletos de peces.

PESCADOR SEGUNDO. ¡Y mira nada más lo que hallamos!

NEREIDA. ¿No encontraron nada más?

PESCADOR QUINTO. ¡Sí, jujuy! ¡Cómo que no! Cientos de peces. Brillaban a la luz del sol como pedazos de azogue.

PESCADOR CUARTO. Yo me he quedado mudo por la sorpresa. Casi no hablo desde ayer amanecido.

PESCADOR PRIMERO. Estaba en el tercer chinchorro, entre cientos de peces.

PESCADOR SEGUNDO. Su cuerpo largo y estrecho era como una espada.

PESCADOR PRIMERO. Su forma y sus aletas le daban un aire extraño. ¡No, no era un pez...! Tampoco era un pájaro.

¡Jesús, María, creíamos que estábamos embrujados!  
PESCADOR SEGUNDO. ¡O que todos los diablos del mar se  
habían metido con nosotros!

PESCADOR TERCERO. ¿De dónde había salido? Nunca habíamos  
visto un animal así.

PESCADOR CUARTO. ¡Es tan bonita!

NEREIDA. Sí... Parece una libélula gigantesca.

*(La acaricia suavemente con las manos.)*

PESCADOR QUINTO. Brillaba en la madrugada como una cinta  
de plata.

VARIAS VOCES, EN TODO DIFERENTES CADA VEZ:

—¡Uy, qué miedo! ¿Quién sabía lo que era? Ninguno  
de nosotros.

—Alguien, sin duda, nos la había enviado. ¿Para bien  
o para mal?

—¡Quién sabe! Pero allí estaba, como una interroga-  
ción.

PESCADOR CUARTO. Sí; era una interrogación sobre la cubier-  
ta del barco. Cuando la sacamos de la red, quedó así.

*(Acomoda la serpiente en forma de interrogación.)*

PESCADOR PRIMERO. Y al fin, éste *(señalando al tercer)* dijo  
que preguntáramos al capitán del puerto. Él es un  
hombre muy leído.

PESCADOR PRIMERO. Y trajimos el raro animal.

NEREIDA. ¿Y qué les dijo el capitán?

PESCADOR PRIMERO. Dijo... dijo... ¡já, já! Se burló de no-  
sotros. ¿Crearás? ¡Se burló de nosotros!

PESCADOR SEGUNDO. Nos llamó miedosos, gallinas, pobres  
diablos, ignorantes.

PESCADOR TERCERO. Que, nos dijo: ¿son ustedes tan imbéciles  
y tan malos pescadores que no conocen una serpiente  
marina?

NEREIDA. Pero si todos la hemos oído nombrar...

PESCADOR QUINTO. ¡Sí, jujuy! La hemos oído nombrar... pero  
mirarla, ¡qué va!

PESCADOR SEGUNDO. Yo oía decir, cuando pequeño, que  
cuando un animal de estos aparecía, era que iba a haber  
tempestad.

PESCADOR TERCERO. Pero también buena pesca para todo el  
año.

PESCADOR CUARTO. Una culebra es signo de suerte. Por eso  
la hemos traído.

NEREIDA. ¡Conque así son las serpientes marinas! *(La vuelve  
a tomar de las aletas.)* ¡Qué hermoso se ve todo a  
través de ellas!

PESCADOR PRIMERO *(acercándose)*. Yo no veo nada.

PESCADOR SEGUNDO. Yo lo veo todo igual.

PESCADOR TERCERO *(tomando la serpiente en sus manos)*.  
Son figuraciones tuyas. ¡Verlo todo hermoso a través  
de las aletas!

NEREIDA. Es que son ustedes unos puercos. Sólo yo sé  
apreciarla.

PESCADOR PRIMERO. Por eso te la hemos traído.

PESCADOR SEGUNDO. Ya una vez te trajimos caballitos mari-  
nos, ¿te acuerdas?

NEREIDA. Allí los tengo guardados. *(Señalando un sitio.)*

PESCADOR TERCERO. Y en otra ocasión te trajimos conchas  
raras.



NEREIDA. Sí, ya sé que me quieren mucho. *(Emocionada.)*

Por eso les coso las redes.

PESCADOR CUARTO. Y nos haces de comer.

PESCADOR PRIMERO. Y nos curas cuando enfermamos.

NEREIDA. ¡Hala, que ya está la comida! Menos labia, menos labia.

PESCADOR SEGUNDO. ¡Uy, y qué bonita te pones cuando te enojas!

PESCADOR TERCERO. Desde que estás ansí *(hace una seña con la mano a una altura determinada, indicando que entonces Nereida tenía siete años)* eres nuestra mascota. Berreabas y pateabas el suelo cuando querías algo.

PESCADOR CUARTO. Y tu padre, que en paz goce *(persignándose)*, y todos nosotros nos divertíamos contándote cuentos.

NEREIDA. Cuentos que todavía recuerdo.

PESCADOR QUINTO. Aun te gustan... ¡y es que no has crecido!

PESCADOR PRIMERO. ¡Sigues siendo la misma niña bonita!

NEREIDA. Menos labia. A comer.

*(Sale rápidamente y entra con los platos, etc., y luego con la olla de sopa. Dos de los hombres la ayudan, los restantes sacan sus pipas y cigarros y los encienden.)*

NEREIDA. ¡Que me molesta el humo!

PESCADOR QUINTO. ¡Siempre tan delicada! Si no pareces del puerto. Con la piel fina y los cabellos como de seda.

NEREIDA *(dulcificada)*. Bueno, bueno, pueden fumar, pero poco.

PESCADOR CUARTO *(pasándole la mano por los cabellos)*.

Vamos, pequeña,, *(Nereida sirve la mesa y los hombres se sientan a comer.)*

NEREIDA. ¿Y mi marido?

PESCADOR QUINTO. Llegaré hoy o mañana. Logró buena pesca.

PESCADOR CUARTO. ¡No sabe nada de la serpiente!

NEREIDA. ¡Bah, parecen ustedes unos chiquillos! *(hace un mohín y se queda sonriéndoles a todos)* ¿No me han traído nada más?

PESCADOR PRIMERO. ¡Mira si serás ambiciosa!

PESCADOR SEGUNDO. Yo sí, yo sí te he traído algo más. Corales para tu cuello.

NEREIDA. Ya tengo muchos.

PESCADOR SEGUNDO. Pero no como éstos. *(Se levanta y se los coloca en el cuello.)*

PESCADOR QUINTO. Cada vez que te miro, creo que se hace realidad mi sueño sobre las sirenas.

PESCADOR SEGUNDO. Nereida es una sirena. Su padre, también, soñaba con ellas; por eso le puso ese nombre.

PESCADOR TERCERO. Y todos fuimos padrinos del bautizo. ¡Qué borrachera nos pusimos!

NEREIDA. ¿Tú has visto alguna vez una sirena?

PESCADOR QUINTO. Nunca, y mira que por las noches he abierto los ojos para ver si las descubro en la oscuridad... ¡pero no he podido!

NEREIDA. Deben ser brillantes.

PESCADOR CUARTO. Yo he soñado con ellas.

PESCADOR SEGUNDO. Todos los pescadores soñamos.

NEREIDA. Pero ninguno las ha visto. ¡Bah, yo creo que son pamplinas!

PESCADOR QUINTO. ¡Tú siempre tan incrédula! De chica

llamabas al diablo a la orilla del mar.

NEREIDA (*riendo*). Pero nunca me llevó.

PESCADOR PRIMERO. El único que te llevó fue tu marido.

NEREIDA. Cuando ustedes se van, me aburro aquí, sola.

PESCADOR CUARTO. Ahora tienes la serpiente para que te acompañe.

NEREIDA. Sí, y los corales, y las conchas, y los caracoles, y todos los niños del puerto.

PESCADOR PRIMERO. Ya tendrás un niño tuyo. ¡Que apenas te has casado!

PESCADOR CUARTO. ¡Que apenas seis meses llevas!

NEREIDA. Yo los cuento cada uno por dos. Para mí, deben de contar los meses acompañada, que los demás, sola, es decir, sin marido...

PESCADOR TERCERO. ¡Qué ambiciosilla eres!

NEREIDA. Un día de éstos me voy con ustedes, al mar.

PESCADOR SEGUNDO. Eso sí que no. La pesca ha sido trabajo para hombres solos. Agua adentro, sólo el mar. Aquí, sobre la tierra, tú.

PESCADOR QUINTO. Que eres como el mar, inquieta y revoltosa. Ya se lo dijimos a Jose, tu marido. A ésa hay que darle cuerda, como a los peces gordos... si no, te rompe el hilo y te revienta a ti.

NEREIDA. ¡Qué malos son ustedes! ¡No me quieren nadita!

PESCADOR CUARTO. Tontita, tontita, si es porque te queremos, que se lo advertimos.

NEREIDA. ¡Que me han hecho enojar! ¡Con lo que hago yo por todos ustedes! (*Los pescadores se levantan de la mesa y se acercan a ella. Nereida, como una niña mimada que es, hace pucheros y finge enojos.*)

LOS PESCADORES (*en distintos tonos*). ¡Quieres que te cante-

mos? ¿Cosemos las redes por ti?

PESCADOR QUINTO. La echamos a perder. Todos la hemos echado a perder. Desde que era niña... ¡Caprichosa como el mar! Vamos (*al pescador primero y tercero*).

NEREIDA. Tráiganla pronto, muy pronto.

PESCADOR TERCERO. Ya casi está preparada. Le falta poco. La tendrás dentro de un rato.

PESCADOR QUINTO (*a los otros dos*). Y ustedes cántenle a la niña mientras lava los trastos.

NEREIDA. Y usted da tantas órdenes como echa humo, abuelo.

PESCADOR QUINTO. ¿Y qué quieres que haga ya? La sal de mar está sobre mis cabellos.

NEREIDA. Por eso los tiene tan blancos.

PESCADOR QUINTO. Pero tus manos son como estrellas marinas jugando en el agua.

NEREIDA. De que me dice cosas bonitas, es para que le traiga su café. ¡Vaya manera de expresar que mis manos se ensucian y maltratan lavando trastos!

(*El pescador quinto ríe socarronamente. Nereida sirve el café en una taza de barro y la acerca al pescador. Mientras, los compañeros afinan la guitarra y cantan una canción. Nereida escucha y va llevando los trastos hacia la cocina, lentamente. El pescador quinto fuma y toma su café. Los demás pescadores que no salieron a disechar la serpiente cantan:*)

Playa playera,  
cascabelera,  
tu risa suena

como una ola que se revienta  
sobre las conchas  
blancas y finas  
que hay en tu boca.  
Niña morena, dime que me amas  
y sé la barca de mis ensueños.  
Paloma blanca, dame el pañuelo  
de tus dos alas  
para que me hables  
cuando me alejo  
diciendo adioses  
que no son ciertos;  
porque aunque lejos de ti me vaya,  
siempre regreso...

NEREIDA. Eso se llama cantar. Lo demás son tonterías.

PESCADOR. ¿Te ha gustado? La hicimos para ti.

NEREIDA. ¡Mentiroso! Si tú siempre improvisas lo que  
quieres.

PESCADOR. Pero con tu inspiración.

PESCADOR QUINTO. Bien cantado. ¿Ya acabaste de lavar los  
trastos, niña?

NEREIDA. ¿No lo ve usted?

*(Se acerca enjugándose las manos con el delantal.)*

PESCADOR QUINTO. Que allá vienen los otros, con la serpiente  
rellena de paja. Ya de antemano le habíamos prepara-  
do la piel. Fina y bonita como la tuya.

NEREIDA. Sí, allá vienen, con la sarta de chiquillos detrás.

PESCADOR QUINTO. Es que han visto anguilas, pero no ser-

pientes de verdad con aletas y todo. •

NEREIDA. ¿Son tan difíciles de pescar?

PESCADOR QUINTO. Yo nunca había visto una... y mira, ya la  
sal del mar está sobre mi cabeza.

*(Se acercan los pescadores al "Son de la culebra", tocado  
por la charanga del pueblo. Los chiquillos danzan alrede-  
dor de los pescadores.)*

PESCADOR QUINTO *(asomándose)*. Y toda la gente baila y  
baila alrededor de la serpiente.

NEREIDA. ¡Yo también tengo ganas de bailar!

PESCADOR QUINTO. ¡Que tiene el diablo metido en el cuerpo!

NEREIDA. Tengo el baile, que es distinto.

*(Nereida toma de la mano a los pescadores y baila alegre-  
mente, junto con ellos. Cuando los pescadores que traen la  
serpiente entran en el cuarto, Nereida se encuentra agi-  
tada, pero los invita con gestos a que dejen la serpiente  
sobre el suelo y todos bailan, alrededor de ella, al "Son de  
la culebra", que se escucha fuera. Los pescadores han  
cerrado la puerta al entrar. Termina al poco tiempo la  
música y Nereida se abanica con el delantal, diciendo:)*

NEREIDA. ¡Uy, qué cansada me siento!

PESCADOR QUINTO. ¡Mira que hacerme bailar a mi edad!

PESCADOR CUARTO. Y buen bailarín que es usted. Como que  
nos da punta y raya a nosotros, que no somos tan  
viejos.

PESCADOR QUINTO. Pues ya no se cuecen al primer hervor.

PESCADOR TERCERO. No; que no estamos diciendo que somos

unos chavillos, pero vamos, en comparación de usted...

NEREIDA. Dejen eso de la edad para mí.

PESCADOR QUINTO. Siempre, todos, te veremos ansinita...

NEREIDA. Mire, tío Toño, para mí usted es mi abuelo y el abuelo del mar.

PESCADOR QUINTO. Y en él he de morir.

PESCADOR CUARTO. Como todos nosotros.

PESCADOR TERCERO. Es el único rival que tienes.

NEREIDA. Pues ustedes no tienen más que a mi marido.

PESCADOR QUINTO. Él también es como un hijo nuestro.

PESCADOR SEGUNDO. Bueno, ahora a clavar la serpiente. ¿La quieres aquí? *(La coloca en la pared.)*

NEREIDA. Sí, y los caracoles debajo.

PESCADOR PRIMERO. ¿Así?

NEREIDA. Así merito.

PESCADOR SEGUNDO. Pues estás servida, niña. Ahora vamos a dormir un poco, que anocheciendo está.

LOS PESCADORES *(despidiéndose)*. Hasta mañana, si Dios nos da licencia.

PESCADOR QUINTO *(besando a Nereida en la frente)*. Que la paz de Dios sea contigo, Nereida. Hasta mañana, pues.

*(Salen los pescadores. Nereida cierra la puerta. Luego se acerca a la serpiente y le acaricia las aletas. Escucha el ruido de los caracoles que se pone junto al oído.)*

NEREIDA. ¡Uy, oigo canto de sirenas! ¿Será fantasía? *(Se acerca de nuevo al caracol.)* No, no es aquí. El canto viene de más lejos... de más lejos...

*(Va junto a la ventana, se acoda en ella y se queda*

*escuchando, embelesada. Sobre el fondo, la noche pinta de azul el paisaje y las estrellas se encienden, fosforescentes. Un canto melodioso se escucha, a lo lejos.)*

NEREIDA *(escuchando, excitadísima)*. ¡Sí! ¡Sí!... ¡Son sirenas, son sirenas!...

## Acto segundo

*El mismo escenario.*

*(Nereida se encuentra junto a la ventana. Es de noche y no ha prendido la luz. La luna entra por la ventana; el cielo azul y el mar se ven a lo lejos. Las estrellas brillan en la oscuridad, así como Nereida, que tiene fosforescencias en los brazos y en la cara. Éstas se pueden obtener fácilmente con la luz fluorescente. Nereida debe llevar un vestido cuyas mangas puedan levantarse de modo que los brazos se vayan iluminando por la luz fluorescente a medida que los descubre, así como el cuello, su cara, sus pies. Las redes se encuentran tiradas en el suelo y Nereida peina sus cabellos, en los que también hay luces. Después de permanecer varios segundos así, entra José, que la mira sorprendido.)*

JOSÉ. ¿Qué ha pasado aquí? ¿Por qué no está encendida la luz? ¡Nereida!

NEREIDA *(como si despertara de un sueño)*. ¿Qué? ¿Llamabas?

JOSÉ. Te pregunto: ¿Por qué no está encendida la luz? ¿Qué haces allí, en la oscuridad?

NEREIDA. Miro el mar.

JOSÉ *(acercándose a ella, se frota los ojos)*. Pero, ¿qué veo? ¿Por qué brillas tanto?

NEREIDA. ¿Brillo?

JOSÉ. Como la propia luna. ¿Qué es lo que te pasa? ¿Te has ido a bañar y la fosforescencia te ha iluminado?

NEREIDA. No. No me he ido a bañar, pero el mar vino a mí.

JOSÉ. Pero, ¿qué dices? ¿Estás loca?

NEREIDA. El mar ha venido a mí.

JOSÉ. ¡Has perdido la razón! ¡Cómo brillas! Debe ser una enfermedad. Hay que ir a buscar a la tía Lola.

NEREIDA. ¿A la bruja que está cerca de los Cuatro Caminos?

JOSÉ. A la misma. Debes estar embrujada. Si no, no brillarías tanto. ¿También brillas así de día?

NEREIDA. No lo sé.

JOSÉ. ¿Qué, no lo sabes?

NEREIDA. No. Me gusta estar en la oscuridad para verme brillar.

JOSÉ. Pues encenderemos la luz.

*(Nereida, levantándose rápidamente, le detiene la mano que busca la bombilla.)*

NEREIDA. Por favor, no. ¿Es que no te gusto así?

JOSÉ. Sí; de gustarme, me gustas siempre.

NEREIDA. ¿Y entonces?

JOSÉ. Pero te ves tan rara... *(Se acerca e intenta abrazarla, pero retira las manos, como si se quemara.)* No, no puedo... Es como si abrazara a una sirena.

NEREIDA *(ríe jubilosamente)*. Tonto, soy una sirena.

JOSÉ. ¿Qué dices?

NEREIDA. Lo que oyes.

JOSÉ *(tocándola, retira las manos y las vuelve a acercar, miedoso)*. Entonces, ya no eres más la Nereida que yo

dejé.

NEREIDA. Acércate. Ven junto a mí. *(Lo atrae y sus manos luminosas encierran entre sus dedos las manos de José, que desean escapar.)* ¡Tardaste mucho tiempo, José!

JOSÉ Sólo tres días. Era necesario ganar dinero para ti. ¡Pero te encuentro tan cambiada!

NEREIDA. Soy la misma. El corazón es el mismo, un corazón enamorado de ti.

JOSÉ. Ya no hablas igual... Es como si fueras otra. Antes eras mucho más sencilla.

NEREIDA. Una cambia cuando se encuentra demasiado sola.

JOSÉ. No puedo abandonar el mar.

NEREIDA. Lo sé, ahora lo comprendo. Ahora, que soy una sirena.

JOSÉ. ¡Déjate de bromas!

NEREIDA. ¿No lo crees? Por eso me paso los días junto a la ventana. Pero al salir el sol, cambio; siento tristeza y deseos de dormir. Es por la noche, por la noche, ¿sabes?, cuando tengo que sentarme junto a la ventana para ver el mar... o paseo en sus playas. Empiezo a tener el deseo de sumergirme en él. Anoche nadé por horas y horas.

JOSÉ. ¿Y no te cansaste?

NEREIDA. No. Me sentía como un pez. Creo que al pisar las olas mis pies se transformaron en aletas. Y luego, al salir, experimento un cansancio... Me siento mal fuera del agua. Si no hubiera sido por ti...

JOSÉ. ¿Qué habrías hecho?

NEREIDA. Quedarme en el mar. Pero te amo, amo al mar y te amo a ti. Nos pasa a los dos lo mismo, ¿no es verdad?

JOSÉ. Sí, yo también amo al mar. ¿Y desde cuándo te sucede todo esto?

NEREIDA. ¡Pues... desde hace tres días...! primero escuché el canto melodioso de las sirenas...

JOSÉ. Deliras.

NEREIDA. Es verdad. Cantaban en la noche. Las oí desde aquí, desde mi ventana. El cielo parecía luminoso y la luna tenía la misma forma de tu boca, cuando te ríes. Escuché el canto por varias horas, hasta que ya no pude más y me quedé dormida sobre la ventana. Cuando desperté, el sol me besaba la cara.

JOSÉ. ¿Y luego?

NEREIDA. Luego estuve todo el día ansiosa, deseando que llegara la noche para volver a escuchar el canto. Pero la segunda noche no pasó nada. Sólo la ansiedad de interrogar al mar, y el mar respondió con el canto de sus olas. De nuevo pasé la noche sin dormir. Y esta vez mis ojos contemplaron al sol que iluminó mi ansiedad.

JOSÉ. ¡Qué cosas raras dices! Llevo tres días trabajando por ti, para ti, pensando en ti, y llego para encontrarte convertida en otra mujer... una mujer diferente de la que dejé.

NEREIDA. ¡Permíteme contarte! ¡Permíteme contarte!

JOSÉ. Cuenta, que te escucho. Trataré de comprender.

NEREIDA. Siéntate a mi lado, aquí a mis pies.

*(Le coloca la cabeza sobre sus rodillas y le acaricia suavemente los cabellos.)*

JOSÉ. Me siento pequeño y te veo en este instante como a una madre que contara cuentos fantásticos.

NEREIDA. Pero lo que te digo es verdad... Te he esperado con angustia, porque eres lo que me retiene sobre la tierra.

JOSÉ. ¡Nereida! *(Se sienta, espantado.)* ¿No será que habrás muerto y estoy viendo tu fantasma? ¡Esas fosforescencias

NEREIDA. No. No es mi fantasma. Bueno, he muerto en cierta forma. No quieren entender que ya no soy una mujer, que soy una sirena, y que poco a poco la transformación se está operando en mí. Dentro de unos días me perderé en el mar para siempre.

JOSÉ. ¿Serías capaz de dejarme?

NEREIDA. Es una fuerza más poderosa que yo. Por las noches, las sirenas me llaman. Óyelas, ¿no las escuchas?

*(Se vuelve a oír el canto melodioso, a lo lejos.)*

JOSÉ. Yo no oigo nada. Ya tus pies también tiene fosforescencias.

NEREIDA. Y todo mi cuerpo. Mira mis piernas... *(Le enseña sus tobillos luminosos.)*

JOSÉ. Pero, ¿es verdad que las sirenas cantan?

NEREIDA *(en éxtasis)*. Sí... Tú me oirás cantar a mí antes de partir.

JOSÉ. Siempre quise ver una sirena... pero no quiero que mi mujer lo sea.

NEREIDA. Pues lo soy.

JOSÉ. Todavía no.

NEREIDA. ¿Ves estas fosforescencias? Es que ya todo el mar está dentro de mí... Y yo... yo estoy dentro del mar,



lo llevo conmigo.

JOSÉ. Cuenta cómo fue.

NEREIDA. Te estaba contando... pero no sé por qué nos desviamos. La segunda noche no sucedió nada, pero la tercera, o sea la de hoy, empezaron a salir luces de mis dedos. primero una luz pequeñita, como un diamante diminuto, apenas si una chispa. Creí que era una gota de agua que brillaba con la luna, pero al pasar mis dedos sobre mis uñas, la luz se extendió y se extendió hasta que mi mano quedó iluminada. ¡Óyelas, óyelas!

*(Se levanta ansiosa y se acerca a la ventana. José, conmovido, se pone de pie y trata de alejarla.)*

JOSÉ. ¡No las escuches!

NEREIDA. ¡Pero me llaman! José, tengo que irme.

JOSÉ. ¡No te vayas!

NEREIDA. ¿No las ves? ¿No las oyes? Ya no son cantos, son lamentos. ¡Y vuelan por el aire, como pájaros ciegos! Si continúan así, muchas de ellas morirán sobre la playa. Si no voy, mañana amanecerá la playa cubierta de cadáveres de sirenas, ¡y el mar vendrá por mí!

JOSÉ. ¡Que mueran todas! Cada pescador tendrá su sirena, la sirena que siempre ambicionó. Pero yo... ¡yo quiero a mi mujer! Quizás matándolas podré recuperarte.

NEREIDA. José, José, ¡no irás a matarlas!

JOSÉ. Sí, las mataría si las viera.

*(Sale corriendo por la puerta, luego se le ve a través de la ventana, arrojando pedazos de piedra que retumban en la oscuridad, al perderse en el vacío.)*

NEREIDA. ¡José!

JOSÉ *(desesperado)*. Es como dar palos de ciego. *(Se oyen los cantos agudos de las sirenas, lamentándose.)*

NEREIDA. Óyelas, óyelas, cómo se quejan... pero vienen por mí... ¡Y yo me voy!

*(José pára de tirar piedras y entra en la casa, cierra la puerta y grita, tristemente.)*

JOSÉ. ¡No me dejarás!

NEREIDA. Cuando ellas se van, me siento de nuevo atada a ti. José, te amo.

JOSÉ. Dime cómo pasó.

NEREIDA. ¿Qué?

JOSÉ. Eso de que quisieras convertirte en sirena.

NEREIDA. Yo no quería, ni siquiera pensé jamás en ellas. Siempre supuse que eran cuentos de pescadores.

JOSÉ. ¿Y entonces?

NEREIDA. No sé... Desde el día que me trajeron la serpiente...

JOSÉ. ¿La serpiente marina? El regalo del tío Antonio y los muchachos. ¿Dónde está esa serpiente?

NEREIDA. Mírala, está allí, clavada *(señala la pared)*.

JOSÉ. ¿Qué pasó cuando te trajeron la serpiente?

NEREIDA. Por lo pronto, nada. Miraba el mar a través de sus aletas, como en neblinas de ópalo; luego la colgaron allí y se fueron. Dijeron que traía suerte.

JOSÉ. ¿Y qué más?

NEREIDA. Cuando los muchachos salieron me coloqué el caracol en el oído y oí cantos... cantos de sirena. Creí



que eran cosas de mi fantasía, pero escuchando bien, el canto venía de más lejos... y acudí a la ventana. Luego... tú ya sabes lo demás.

JOSÉ. ¿Y qué tiene que ver con la serpiente?

NEREIDA. Es que por el día, cuando duermo, la sueño. Sueño que la serpiente se acerca a mi oído y me llena con la tentación de convertirme en sirena; veo cómo se descuelga de la pared y llega hasta mi cama, traída por las olas del mar, y me dice muy quedito: Si te hundes en el mar, serás sirena. ¿Te gustan las sirenas? Óyelas cómo cantan... Y me arrulla con los cantos, hasta que ellos están dentro de mí y el alma se encuentra en un ensueño. Es como si estuviera despierta y dormida, ¿comprendes? Y luego, cuando despierto, la serpiente está allí, en la pared, como si jamás hubiera bajado ni hecho nada, y oigo las sirenas de verdad, que me llaman desde la playa. Han intentado llegar hasta aquí, pero no pueden... ¡Si tuvieran alas! Pero al saltar sobre las olas parece que vuelan.

JOSÉ. ¿Y te llaman, igual que la serpiente?

NEREIDA. Sí, me llaman, y hoy me han empezado a brotar fosforescencias. José, siento que si no voy al mar, hasta la luz de la luna se transformará en fuego y moriré sobre la tierra... como una sirena a la que le faltara el agua.

JOSÉ. No quiero que mueras. ¡Tú sabes cuánto te amo!

NEREIDA. Lo sé, y yo también te amo, pero necesito el agua como tú el aire que respiras.

JOSÉ. Te creo. ¿Cómo haré para salvarte?

NEREIDA. Quisiera permanecer contigo y no puedo.

JOSÉ. Podrás. Nunca pensé que una sirena fuera tan difícil

de retener. ¿Te sientes morir?

NEREIDA. Sí. Siento que me falta la respiración.

JOSÉ. Entoces, yo mismo tendré que echarte en el mar. Todo es preferible a verte en agonía. Pero no me resigno.

NEREIDA. Es necesario.

JOSÉ. Habrá un modo. ¡Un modo! ¡No quiero perderte!

NEREIDA. Pronto, José, que no puedo más.

JOSÉ. Espera, espera un poco, déjame que piense...

NEREIDA. Permíteme acercarme a la ventana. Así (*se acoda*) respiro el mar. (*Abre la boca como si agonizara.*)

JOSÉ. Vamos. (*Triste.*) Vamos a llevarte. (*La toma en brazos y está pronto a ganar la puerta, cuando de repente deposita a Nereida sobre el suelo y dice:*) Ya. Ya lo he pensado. Tonto de mí, ¿cómo no se me ocurrió antes?

NEREIDA. Me voy al mar, José.

JOSÉ. No te irás. (*Se acerca a la serpiente clavada en la pared.*)

NEREIDA. Sí, pero ¡déjala!, ¡déjala!

JOSÉ. No. Ahora mismo voy a convertirla en una vulgar serpiente terrestre.

NEREIDA. ¡José!, ¡José!

JOSÉ. No tengas miedo.

(*Se acerca a la serpiente y la descuelga de un manazo. Afuera, el cielo se oscurece y un rayo ilumina el firmamento. Se escuchan ruidos de tempestad.*)

NEREIDA. ¿Ves? ¡Te matarán!

JOSÉ. ¡Yo le quitaré las alas! ¡Yo le cortaré las alas! No tengas miedo. ¡Se acabará el maleficio!

NEREIDA. ¡Cuidado! ¡Cuidado!

*(Afuera los relámpagos y los truenos anuncian la tempestad. José toma la serpiente, le arranca de un tirón las aletas y la arroja por la puerta. Cuando hace esto, un nuevo rayo ilumina el escenario, de tal suerte que se ve la serpiente al ser arrojada.)*

JOSÉ. Ya no hay más serpientes marinas. Mírala, mírala, Nereida. Se pierde en la tierra, entre las rocas. Es una vulgar serpiente terrestre. ¡Una vulgar serpiente terrestre! *(Ríe a carcajadas.)*

NEREIDA. José...

JOSÉ. Ya no tendrás ninguna tentación, ya no serás una sirena. *(La tempestad sigue iluminando el cielo con varios relámpagos. José abraza a Nereida. El telón baja.)*

### Acto tercero

*(Nereida aparece pálida y recostada sobre una silla de lona, con toda la apariencia de una convaleciente. Todavía de vez en cuando peina sus cabellos con el mismo gesto atractivo de cuando era sirena. Al levantarse el telón, aparece sola. Luego, por la puerta principal, entra el tío Antonio. Trae en la mano un manojo de pescados.)*

ANTONIO. Mira lo que te traigo.

NEREIDA *(distráida)*. Sí, es un bonito obsequio.

ANTONIO. Te haremos una buena sopa. ¡Qué susto nos has dado, criatura!

NEREIDA. Estuve enferma.

ANTONIO. Un mes lo menos. Creíamos que te morías.

NEREIDA. Pues ya ve que no.

ANTONIO. ¿Y José?

NEREIDA. Por ahí anda, afuera.

ANTONIO. ¡El susto que ha pasado el hombre! Pensaría que se quedaba viudo. Mientras tú delirabas, él no sé qué cuentos me hizo con la serpiente que te regalamos.

Que si querías volverte sirena, que si...

NEREIDA. ¡Silencio! ¡No hable usted tan alto!

ANTONIO. ¿Pero, también tú?

NEREIDA. No me recuerde esas cosas...

(El tío Antonio pone los pescados sobre la mesa y se sienta junto a la muchacha.)

ANTONIO. Vamos, ahora que estás bien, ¿podrías explicarme?

NEREIDA. No haga usted caso, tío Antonio, ¿quiere usted contarme una leyenda, así en la misma forma que lo hacía cuando era niña?

ANTONIO. Si eso te alegra...

NEREIDA. Muchísimo.

ANTONIO. ¿Qué clase de leyenda quieres que te cuente?

NEREIDA. Algo así como de sirenas. ¿Las ha visto usted?

ANTONIO. ¿Volvemos a lo mismo? Estoy harto de sirenas.

NEREIDA. No es verdad. Siempre le gustaron esos cuentos...

Y yo creo que eran mentiras. Ni una solita ha sido presenciada por usted.

ANTONIO. Eso sí que no. A mí nadie me llama mentiroso.

NEREIDA. Pues yo se lo digo a usted.

ANTONIO. ¡No lo voy a permitir! ¡Venirme a mí con esas cosas! ¡Mira que tiene gracia! ¡A mí, que me he pasado la vida en el mar!

NEREIDA. ¡Cuentos, puros cuentos!

ANTONIO. Qué bien se conoce que tú no has estado nunca sobre las olas, como Jesucristo. Yo me he pasado la vida con los pies dentro del agua ¡Con decirte que me envidian hasta los peces!

NEREIDA. ¡Presumido!

ANTONIO. ¡Y que conozco el mar! He visto sirenas con mis propios ojos. Las he visto con mis propios ojos. ¡Las he visto!

NEREIDA. ¡Apuesto a que no es verdad!

ANTONIO. Que las he visto, digo. Tú no estuviste, como yo, espíandolas en la Garganta del Ahorcado.

NEREIDA. ¿Dónde queda eso?

ANTONIO. Ves, pero si ni siquiera conoces el mar por sus orillas. Así se llama a unas rocas que están al oeste del pueblo. Una de ellas semeja la garganta de un cristiano. Parece que allí se mató un hombre y de esto les viene el bautizo. Se mató por espiar a las sirenas. De pronto, al estarlas viendo quedó tan embobado, que perdió el equilibrio y cayó.

NEREIDA. ¿Y lo encontraron muerto?

ANTONIO. ¡Jamás! Desapareció como si se lo hubiera tragado la tierra. Dicen que por las noches se aparece y aúlla, como lobo. Es que quiere imitar cierto canto, pero no puede.

NEREIDA. Pero usted las vio y no ha muerto.

ANTONIO. Precavido que soy... Me amarré un lazo alrededor del cuerpo y lo fijé a las rocas... por si quedaba embobado.

NEREIDA (riendo). ¡Hombre precavido!

ANTONIO. ¡Ya lo creo! En la Garganta del Ahorcado hay muchos peces bobos, cientos de cientos. Creo que todos se dan cita en dicho lugar, allá por el mes de marzo.

NEREIDA. Será la época de celo.

ANTONIO. ¡Qué sé yo! Pero nunca vuelven a juntarse tantos. Bien, pues una noche clara, como te digo, me amarré una cuerda en la cintura y esperé con los ojos abiertos; como a la medianoche se acercó una mujer morena y hermosa con los cabellos sueltos, igual que tú. Llevaba en la mano una bandeja de plata sobre la que relucía un

bobo de oro puro. Vi cómo brillaba el metal en la oscuridad; era como si el sol se estremeciera sobre las olas.

NEREIDA. ¿Era hermosa la mujer?

ANTONIO. Como tú. La mujer se metió en el agua hasta que le dio el agua sobre los pechos desnudos. El bobo, entonces, cobró vida por un instante y se transformó en un bobo gigantesco. De un solo bocado engulló a la mujer que salió convertida en sirena. Era la hija de ambos. Por eso es que la sirena tiene mitad de pez y mitad de hembra. Sobre el mar muchos bobos pequeños nacieron...

NEREIDA. ¿Y el bobo de oro?

ANTONIO (*muy serio*). Se licuó en el mar. Por eso la playa oeste tiene la arena mezclada con partículas de ese metal. Es el bobo desintegrado que intenta volver a solidificarse. Una vez, cuando hizo aire, un pedacito de oro se metió en mis ojos. ¡No te imaginas! ¡Lloré toda la noche! ¡Era el bobo que lloraba en mí! Fue hasta que me lavé con agua del mar que los ojos se me desinfectaron.

NEREIDA. Allí viene Pedro. Le aseguro, Antonio, que él sabe leyendas más bonitas que las que usted me ha contado.

ANTONIO. ¡El sabrá leyendas, yo te digo la verdad!

NEREIDA. Pedro, ¿cómo estás?

(*Entra el pescador segundo trayendo un puñado de conchas que arroja sobre la falda de Nereida.*)

PEDRO. Bien, ¿y tú? ¡Qué pálida te veo!

NEREIDA. Dice José que tengo el mismo color que la laguna

de acero durante la época de lluvias.

PEDRO. ¿Cuando el cielo está gris?

NEREIDA. Y el agua.

PEDRO. Tú estás pálida como las perlas; pero siempre hermosa.

NEREIDA. ¿Ya oíste al tío Antonio? Ha contado cosas... ¡Imagínate, de sirenas!

PEDRO. ¡Ya, ya!

ANTONIO. Puritita verdá. Lo que tú digas son invenciones.

PEDRO. Usted es más viejo que yo y ha visto menos.

ANTONIO. No digas tonterías. Si tú eres capaz de ver volar las estrellas por tus narices sin notarlas.

NEREIDA. A ver, yo seré la que decida cuál historia es la mejor. Porque también tú has visto sirenas, ¿verdad, Pedro?

PEDRO. De carne y hueso, no más.

ANTONIO. Si es mentira, te doy unos moquetes...

PEDRO. Ya oiremos lo que usted cuenta.

NEREIDA. Te escucho.

PEDRO (*toma también asiento y dice:*) Fue en los mares de Baja California. Es decir, en el Pacífico. Era yo entonces pescador de perlas. Nos metimos en el mar, desnudos y con el cuchillo entre los dientes por si teníamos un mal encuentro.

ANTONIO. ¿Tú, pescador de perlas?

PEDRO. Y a mucha honra. Ya ve usted, abuelo, conozco el mar mejor de lo que usted creía. Usted lo conoce en la superficie y en uno que otro naufragio. Yo he bajado hasta sus profundidades.

NEREIDA. No te detengas.

PEDRO. Pues, como te decía, estábamos en el mar y todo era

nadar y nadar en las profundidades hasta descubrir las ostras. Aquella mañana, muy temprano, dos compañeros y yo nos dedicábamos al buceo. De pronto nos quedamos deslumbrados. Frente a nosotros había algo como un pez luminoso. Al momento creímos que era un monstruo marino, pero al dar la vuelta vimos la cara de una mujer muy bella que nos sonreía. Los tres nos lanzamos sobre ella, para aprisionarla; pero el Jaibito, que así le llamábamos a nuestro compañero más joven, fue el que la asió por la cola. Ella lloró de dolor. El Guachinango, que así le llamábamos al otro muchacho, vio cómo de los ojos de la sirena se desprendían perlas enormes, sartas de perlas. Se arrojó sobre ellas para aprisionarlas y sintió, de pronto, que el peso de la sirena y del Jaibito se le echaba encima, impidiéndole nadar. Yo quise alcanzarlos para ver y prestarles ayuda, pero en menos que uno lanza un suspiro, desaparecieron los tres en la profundidad. ¡Como cosa de encantamiento! Ni sirena ni hombres. Cerca de mí unas cuantas perlas flotaban como burbujas de espuma rosada; pero no las cogí, me entró un miedo y no era para menos. Desde entonces todos los pescadores que cruzan esta parte del mar oyen por las noches los llamados de la sirena encantada. Si alguna vez una embarcación se acerca, el agua forma remolino y se traga a los hombres. Esto fue lo que me hizo ya nunca buscar perlas. Ahora, más pobremente, me dedico a recoger pescado.

ANTONIO (*irónico*). ¡Así que despreciaste una fortuna!

PEDRO. ¡A lo mejor no lo era! Ave María Purísima con el maligno. Desde aquellos tiempos tengo para mí que

las sirenas son la presencia de Luzbel en el mar. No son peces ni son mujeres.

NEREIDA. No, no son peces...

PEDRO. Pero dime... José nos ha platicado que te estabas convirtiendo en sirena.

ANTONIO. Cállate, Pedro. A la niña le hace mal hablar de eso.

PEDRO. Sólo quiero saber una cosa. ¿Qué sentías?

NEREIDA (*mirando hacia la puerta*). Allí viene mi marido.

ANTONIO (*volviéndose*). No; es Pitacio.

PITACIO (*pescador tercero*). ¿Qué tal, Nereida?

NEREIDA. Bien. Llegas a tiempo para el concurso.

PITACIO. ¿Qué concurso?

ANTONIO. El de las leyendas de sirenas.

NEREIDA. ¿Sabes tú de alguna?

PITACIO. La he visto con mis propios ojos.

ANTONIO. ¡Embustero!

PEDRO. ¡No es verdad!

PITACIO. Por éstas. (*Besando su mano en señal de la cruz.*)

NEREIDA. Cuenta...

PITACIO. Como que tienes recuerdos de algo...

NEREIDA. No importan mis recuerdos. ¿Cómo la viste?

PITACIO. Era una noche lluviosa. Los peces no picaban. Dos días llevaba en el mar, y como si tal cosa. La barca no tenía más pescado que mi persona, que estaba convertida en charal.

NEREIDA. ¡Qué tristeza!

PITACIO. ¡Pasaban las horas y yo seguía más pensativo! No había ni qué mirar en el cielo. La noche estaba oscura y las estrellas escondidas. Figúrate tú.

ANTONIO. Me lo figuro.

PITACIO. Que me lleve el diablo si pica una sirena, exclamé,

y mal había lanzado este voto, cuando el chinchorro se estremeció. Lo levantamos entre todos porque parecía que estaba lleno y de peces grandes. Cuando lo sacamos no vimos más que uno, enorme. Era una sirena y su cola gigantesca batía como el huracán rompiendo el chinchorro. Al fin logró evadirse, pero le lancé el anzuelo y logré engancharla por los cabellos... y aquí pasó lo increíble.

ANTONIO. ¡Todo es increíble!

PEDRO. ¿Qué pasó?

NEREIDA. Te apuesto a que se te escapó de las manos.

PITACIO. Completamente. Pues como te iba diciendo, la enganché por los cabellos pero cada manojito de cabellos se convirtió en peces y cuando saqué el anzuelo, pendía de la punta un rosario con pescaditos.

ANTONIO (*con sorna*). Debió ser el collar de la sirena.

PEDRO. O los hijos de la sirena.

PITACIO. No; eran los cabellos. Por eso resultaron tantos y tantos peces. Ya no cabían en mi barca; pero los pescadores, espantados, los echaron de nuevo al mar.

NEREIDA. ¿Cuántos peces fueron?

PITACIO. No los contamos. Parecía que el rosario no terminaría nunca. Dejaron de salir cuando apareció el sol. Ya bien amanecido nos persignamos y volvimos a la orilla, con la barcaza vacía.

NEREIDA. ¡Qué lástima! Debiste haber guardado uno de recuerdo.

PITACIO. Pero tuve miedo, de verdad.

NEREIDA. ¿Por qué las historias siempre son distintas? Ni uno solo de ustedes ha visto una sirena del mismo modo.

ANTONIO. Es que las sirenas son caprichosas.

PITACIO. Y casi siempre causan desgracias.

NEREIDA. No lo creo. Ellas deben enamorarse de los pescadores.

ANTONIO. Dicen que sólo se aparecen al pescador del que se enamoran. Esa es la causa por la que, si el pescador se deslumbra por su belleza, casi siempre desaparece.

PITACIO. Sí, se lo traga el mar.

PEDRO. ¿Quieres otro cuento?...

NEREIDA. Me gustan tanto...

ANTONIO. Pues verás...

NEREIDA (*mirando hacia la puerta*). Silencio, porque ahora sí viene mi marido. (*Todos guardan compostura y silencio. Nereida se peina displicentemente los cabellos.*)

JOSÉ (*con gesto hosco*). ¿De qué están hablando?

ANTONIO. De nada. Tonterías.

PEDRO. Es para entretener a la niña.

JOSÉ. ¿No le habrán traído otro obsequio de esos malignos?

NEREIDA. Calla, José.

ANTONIO. ¿Cómo íbamos a saber nosotros, José?

JOSÉ. Ahora, en el pueblo, dicen que Nereida está loca.

PEDRO. ¿Quién lo dice?

JOSÉ. Todo el pueblo.

NEREIDA. A lo mejor lo estoy.

JOSÉ. También debo estarlo yo, que vi cómo, por obra de Luzbel, la serpiente cobraba vida y desaparecía, ondulante, entre las rocas, convertida en serpiente terrestre.

PEDRO. ¿Tú la viste?

JOSÉ. Con estos ojos que se han de comer los gusanos.

NEREIDA. Yo también la vi.

ANTONIO. Ave María Purísima.

JOSÉ. Hubo una gran tempestad y Nereida ya no tuvo fosforescencias, pero cayó desmayada. Cuando la levanté tenía una fiebre muy alta. Desde entonces no puede caminar.

ANTONIO. Cortaste muy bruscamente el maleficio.

JOSÉ. Ahora que medito, creo que tiene razón. Todo se debe a que sobre el suelo quedaron tiradas las aletas.

ANTONIO. Son las aletas del maligno.

PEDRO. Qué, ¿no las tiraste?

JOSÉ. No, aquí están...

NEREIDA (*aterrorizada*). José...

JOSÉ. No tengas miedo mujer. He hablado con la tía Lola y mañana las arrojaremos al mar, exactamente donde el camino está a los cuatro vientos.

*(Saca las aletas de una caja de concha y las enseña a todos; los pescadores se persignan y miran a través de ellas.)*

UNO. Son hermosas, ¿verdad?

NEREIDA. Muy hermosas.

*(Mientras los hombres miran, Nereida tararea una canción. El tío Antonio habla aparte con José.)*

ANTONIO. ¿Has meditado bien lo que haces al acudir con la tía Lola?

JOSÉ. ¡Ya lo creo!

ANTONIO (*lo mira largamente*). Es malo tratar con el maligno.

JOSÉ. No es con el maligno, es con Dios.

*(Los otros pescadores, mientras tanto, examinan las aletas y externan diversas exclamaciones.)*

—¡Dámelas...!

—¡Déjame ver...!

—¡Qué hermosas son...!

NEREIDA. José, no quiero ver a la tía Lola...

JOSÉ (*rápidamente*). Es por tu bien, sólo por tu bien.

NEREIDA. José, tengo miedo...

JOSÉ (*imperativo*). Yo también... pero de que sigas como estás... Desde que te enfermaste no puedo sentir tu presencia en carne viva... Ahora eres como un cacto, cubierta de espinas, como una ola movible... (*Dirigiéndose a los pescadores.*) Anden, vayan por la tía Lola, pronto. (*Los pescadores salen y dejan las aletas de la serpiente en manos de José. Tío Antonio también se dispone a salir, pero José lo detiene.*)

JOSÉ. No, usted no, que es como nuestro padre. Quédese con nosotros. (*Luego, meditando.*) Antes, tío Antonio, Nereida era como un fruto abierto para mí, como las granadas que se deshacen en jugo vivo (*a ella*) y me corría, como ellas en la época de estío, toda en rojo, por las manos y por los labios y por los párpados cerrados, como mis lágrimas y como mi sangre.

ANTONIO (*tratando de consolarlo, se acerca*). Muchacho. (*Luego meditando.*) ¿No crees que existe un serio peligro al acudir a los Cuatro Caminos para alejar el maleficio? Convertirás a Nereida en una mujer fatal, o sea una sirena fracasada, o a lo mejor muere...

JOSÉ (*ríe*). Sirena fracasada, ¿qué es eso?

ANTONIO. Una mujer de esas a las que se las abandona o se



las mata, porque nos hacen la vida imposible.

JOSÉ (*pensativo*). Mujer fatal... (*Ríe nerviosamente.*)

NEREIDA (*que ha parecido despreocupada, pero que en realidad ha estado escuchando la conversación, habla en son de protesta*). Aunque me costara la vida, quiero volver a caminar...

ANTONIO. Niña...

NEREIDA. Sólo que no me gusta la tía Lola...

JOSÉ. Yo estoy dispuesto a todo con tal de que te alivies.

NEREIDA. Allí vienen, allí vienen...

LA BRUJA. La paz de Dios sea con ustedes... Todo está listo, hijo mío, todo está listo...

(*Detrás de ella aparecen todos los pescadores.*)

JOSÉ. Entonces, vamos...

(*La habitación queda a media luz, y la bruja, muy solemne, encabeza la procesión seguida por José con Nereida en brazos, por los pescadores y por el tío Antonio. Se hace la oscuridad por un segundo para dar tiempo a levantar el telón en el que está pintada la casa, de tal suerte que quedará visible únicamente el telón con el fondo del mar. Cuando se vuelve a hacer la media luz, se supone que ya es de noche. La bruja dice:*)

BRUJA. Por aquí... por aquí.

JOSÉ. ¿Quieres que te siente junto a las rocas?

NEREIDA. Sí.

(*José camina con Nereida en los brazos y la deposita*

*amorosamente sobre el suelo, junto a las rocas figuradas en el telón de fondo, pero que quedarán a un lado del escenario, si es posible de bulto, para que Nereida quede frente al espectador. Los pescadores se persignan.)*

BRUJA. ¿Trajiste el copal?

PESCADOR. Sí; aquí lo tiene usted, tía Lola.

BRUJA (*a otro pescador*). ¿Y las yerbas que te encargué que recogieras del campo?

PESCADOR. Desde amanecido me lancé por esos campos de Dios para traérselas a usted. Fue difícil encontrarlas, pero aquí las tiene.

BRUJA (*observando las yerbas*). Tonto, so tonto. ¡No son éstas!

PESCADOR (*consternado*). Entonces... ¿No podrá usted invocar al padre de los Cuatro Vientos?

BRUJA. Pensando en tu tontería me levanté yo misma y aquí traigo las yerbas.

(*Saca éstas de una bolsa de trapo que lleva cosida a las faldas.*)

BRUJA. José ¿cortaste el rizo de los cabellos de Nereida?

JOSÉ. Sí, tía Lola. Aquí lo tiene usted.

BRUJA. ¿Y trajiste las aletas de la serpiente?

JOSÉ. ¡Aquí están sobre mi pecho! (*Saca de la camisa las aletas. Todos los pescadores se persignan de nuevo.*)

BRUJA. Trae aquí a Nereida. Colócala frente al mar.

JOSÉ. Tía Lola... (*José carga a su mujer.*)

BRUJA. No tengas miedo. ¡Vamos, vamos! Ya está... Ahora quemaremos el copal y la palma. A ver, Anto-



nio, dame un cerillo.

*(El canto melodioso de las sirenas se escucha. Todos los pescadores vuelven la cabeza asombrados y se miran unos a otros, diciendo en diferentes tonos:)*

PESCADORES. ¡Canto de sirenas! ¡Canto de sirenas!

JOSÉ *(acercándose a su esposa)*. ¡Nereida! ¡Nereida! ¿Las oyes?

NEREIDA *(se levanta como alucinada)*. ¡Me llaman! ¡Me llaman! ¡Me llaman otra vez! ¡Míralas cómo brillan en la noche! Sus colas son semejantes a peces multicolores y sus cabellos destrenzados ondean al viento como banderas de combate. Sus cuerpos están hechos de perlas, parecen joyas en la oscuridad. Yo también siento el canto del mar en mi garganta. ¿Sabes, José? ¡Ese canto está hecho de ola y viento...!

JOSÉ. No te irás. Me perteneces porque eres carne de mi carne. Estamos ligados como la arena y el mar.

NEREIDA. Me llaman, José. *(El canto de las sirenas se oye más fuerte.)*

JOSÉ. También te llamo yo. Ah, no vacilo en invocar al diablo y a Dios, a desafiar el destino por ti, y ahora quieres irte.

*(Disminuye el canto de las sirenas.)*

NEREIDA *(como si volviera de un sueño)*. José... puedo caminar, estoy de pie... ¿Cómo ha sido? *(Viendo la cara triste de su esposo.)* Pero, ¿qué es lo que te pasa? Debías de estar alegre al ver cómo camino. ¡Llevo

tantos días de no poderme poner de pie! Es maravilloso sentir de nuevo los pies firmes sobre la tierra. Firmes... *(José intentando sonreír.)* Bailaremos de nuevo. Como antes, ¿te acuerdas? *(Lo besa con amor.)*

JOSÉ *(a la bruja)*. Pronto, doña Lola, pronto, ahora que todo está en silencio.

BRUJA. Ya voy, hijo, ya voy. Ya está encendido el copal y la palma, ahora prenderé las ramas. *(Enciende éstas. Con los brazos en alto, ordena a Nereida:)* Siéntate aquí, junto al mar. *(Nereida obedece.)*

BRUJA. ¡Todos de rodillas! ¡Todos de rodillas!

*(Se hincan los pescadores. La bruja parada frente al mar, con los brazos en alto y la palma bendita en una mano, grita:)*

¡Padre de todos los cielos,  
que recorres los caminos del mundo,  
lleva entre tus manos mi voz  
y conjura al que hizo daño a esta hermana!  
¡Padre de todos los cielos,  
devuelve a su ánima doliente  
la salud, quitándosela al que se la llevó.  
¡Padre de todos los cielos!

*(El lamento de las sirenas se escucha durante toda la oración. Al principio, fuerte; a medida que la oración avanza va disminuyendo hasta que vuelve a reinar el silencio. La bruja dice entonces:)*

BRUJA. Habrá que decir tres veces: Padre de todos los cielos.

*(Los pescadores la acompañan. Mientras esto dice hace en el aire la señal de la cruz con la palma bendita o con las manos. Los pescadores se persignan.)*

PESCADOR PRIMERO. Ya no se oye el canto. *(La bruja, con las ramas humeantes, hace la señal de la cruz sobre el cuerpo de Nereida.)*

BRUJA. ¡Ahora las aletas! Quemaré las aletas, pero todos tendrán que repetir conmigo la oración.

*(Hace ademán de encender las aletas, y acercándose despacio al mar, dice:)*

Por las estrellas del mar,  
por la rosa de los vientos,  
por el rocío mañanero  
y por todos los luceros  
que olvide la niña el mar,  
que la serpiente no vuelva  
su corazón a turbar.

*(Los pescadores repiten estos dos últimos versos. La bruja deposita las cenizas de las aletas en un recipiente. Se calla.)*

JOSÉ.. Tía Lola...

BRUJA. Silencio, que arrojaré las cenizas a los cuatro vientos y al agua salobre para que se pierdan en lo infinito.

*(Se acerca cabalística a la orilla del mar y dice como si cantara:)*

En el viento y en el mar  
tus cenizas quedarán,  
arena y viento perdidos  
estrella y agua serán,  
en la esencia del olvido,  
arena y viento perdidos.

*(Diciendo esto arroja las cenizas al mar.)*

BRUJA *(haciendo la señal de la cruz sobre Nereida)*. Por la señal de la cruz, que son los puntos cardinales del Padre de todos los cielos, que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo arrojen de tu cuerpo para siempre el maleficio; que vuelvas a ser la mujer de antes, sencilla de corazón y limpia de pecado insatisfecho. *(Haciendo la señal de la cruz):*

Por la Virgen María,  
por el Niño Jesús,  
que tu espíritu santo  
arroje a Belcebú

*(Terminando la oración, la bruja se emboza en su chal y los hombres, llevando en alto las palmas benditas, la siguen. La bruja, con los brazos elevados, avanza casi cantando:)*

—¡Padre de todos los cielos!

*(Los pescadores le hacen segunda, la procesión sigue avanzando, pero de repente un viento huracanado sacude a todos. La escena se oscurece otro poco para dejar visibles ráfagas de luz. Entra la música de las sirenas. El*

*huracán mantiene a todos en estupor. Se oye el canto de las sirenas cada vez más fuerte. De pronto, de entre la semioscuridad, como brotadas del fondo del mar, aparecen varias sirenas, visibles por las ráfagas luminosas. Las sirenas hacen señas con ademanes ondulantes, llamando a Nereida. Ésta, que casi ha quedado al final de la procesión, se siente como iluminada: debe ser enfocada por un reflector y avanzar circundada por la luz verde. De nuevo brillan sus cabellos con fosforescencias. Sólo a la luz de las ráfagas brillantes puede verse a los pescadores parados en seco, a un lado del escenario. Sobre el canto de las sirenas se escucha la voz de José, que grita:*

José. ¡Nereida! ¡Nereida!

*(Pero Nereida avanza como en un trance y empieza a desaparecer en el mar. Es entonces cuando Jose grita con más fuerza, lleno de una gran angustia:)*

José. ¡Nereida! ¡Nereida!

ANTONIO. No la detengas. Es la mujer ideal: siempre se pierde, nunca se alcanza...

*(José, sin hacer caso, avanza con los brazos extendidos, pero al llegar hasta lo que se supone la orilla del mar, al fondo del escenario, Nereida desaparece por completo, mirándose en el círculo de luz sólo a José, con los brazos extendidos, en ademán desolado, apareciendo completamente solo a la orilla del mar. Todo el escenario está en sombras. Poco a poco José se va hincando sobre la arena, con un gesto de dolor, hasta que su cuerpo y sus manos se*

*crispan sobre la playa vacía. Ante sí ya no hay sirenas, ni Nereida, sólo el mar y el cielo. La música de las sirenas tampoco se escucha, oyéndose en su lugar una música dulce y cadenciosa. Desde que Nereida empieza a ir hacia el mar, el huracán cesa. La música puede ser la de "La Llorona" u otra canción cadenciosa semejante. En un lado del escenario, donde han quedado los pescadores y la bruja envueltos en la oscuridad, surge la voz potente de la tía Lola, a la que no se la ve:)*

Por la rosa de los vientos  
y por la orilla del mar,  
perdióse mi pensamiento,  
perdióse mi pensamiento.

*(El telón va bajando ni muy rápido ni muy lento, con el fin de que estos versos puedan decirse, pero debe bajar completamente en el último verso, de tal suerte que se escuche sólo: "perdióse mi pensamiento", como una voz lejana y bella de la noche.)*

## Índice

### Verso

No me dejes, Amor .....	13
Amor en varios tiempos .....	17
Canto de amor y muerte .....	19
Hemos de morir ... ..	23
Nueve gritos y un alarido .....	25
A mi madre muerta, en el cumpleaños de su regreso a la tierra .....	33
Así te quiero .....	37
Canciones del espíritu .....	39
¿Pero es posible? .....	43
Estaciones de amor para mi ciudad .....	45
Canto a la vida hermosa .....	49
Vengo a pedirte .....	51
Mi infierno .....	53
Ahora .....	55
Mar .....	57
La sal del mar .....	59

### Teatro

La sirena que llevaba el mar .....	63
Acto primero .....	67
Acto segundo .....	81
Acto tercero .....	91

*Magdalena Mondragón de bolsillo*

se terminó de imprimir el 9 de agosto de 1989,  
en los talleres de Blanco & Vuelta, San Felipe 784,  
Sector Hidalgo, Guadalajara, Jalisco.

La edición, al cuidado de Felipe Garrido,  
consta de mil ejemplares.

Magdalena Mondragón nació en Torreón, Coahuila, en 1913; murió en México, en 1989. Escribió poesía, ensayos, crónicas, columnas, reportajes, teatro, novelas y cuentos. Obtuvo con sus obras numerosas distinciones, dentro y fuera del país. Fue, ante todo, una periodista combativa, una luchadora social que se mantuvo siempre del lado de los menesterosos y de la justicia. Fue también una viajera incansable, una mujer que sabía gozar la vida, una amiga de prodigiosa generosidad.

La primera parte de este volumen está dedicada a una selección de versos, que incluye completo el libro *Si mis alas nacieran* (1960), obra de la madurez de la autora. La segunda es *La sirena que llevaba el mar* (escrita en 1946, estrenada en 1950), una obra de teatro en tres actos que confirma el interés de la escritora por la persecución de la poesía.